

# LA VIRTUD — DE — ESCUCHAR



MADRID  
1962

# La virtud de escuchar

## PRESENTACIÓN

La virtud de escuchar salió a la luz en *Voz de los sin Voz* siendo responsable de las Ediciones Julián Gómez del Castillo amigo personal de Rovirosa, reproducimos aquí la presentación que hizo de este texto:

*Escribimos estas líneas introductorias desde la devoción a quien, en vida, reconocimos como modelo de virtudes heroicas, y lo hacemos en un momento en que comienza a hablarse de la posible introducción en la Iglesia de su proceso de beatificación.*

*Rovirosa era sorprendente en su santidad y en su original discurrir: ¡Como sorprende, a quienes nos sentimos tantas veces escuchados y acogidos por él, leer (y oírle en vida) que nunca escuchó a nadie, cuando tantas horas estuvo atento a nosotros, pobres diablos a su lado entonces y ahora! Nosotros, que le vimos en tantas charlas y cursillos repetir e interpretar correctamente cuanto los asistentes habían dicho; nosotros, atraídos siempre por su mirada, penetrante como un cuchillo pero dulce, suave y cálida como la luz de la aurora. Y tantos otros dirían lo mismo....*

*Su humildad le lleva, ciertamente, a VER que no escuchó a nadie; pero por su vida, más aún que por sus palabras, sabemos de su CONSTANTE ESCUCHA DE LA VERDAD que le lleva a Jesucristo, de su escucha a Cristo que le lleva al seno de la Iglesia, de su escucha a Cristo y a la Iglesia que le llevan a la escucha de los pobres (que mientras él vivió coincidían sociológicamente en nuestro país con los obreros).*

*Pasó los años posteriores a su conversión escuchando esas tres voces: JESUCRISTO, LA IGLESIA, LOS POBRES. Ser militante obrero, hijo y apóstol de la Iglesia sin caer en la acepción de personas y fiel a Jesucristo constituían para él, aspectos de una única realidad. Él sabía que ninguna justicia humana puede ser auténtica si no está en línea con la Justicia del Reino de Dios, que la transmisión de la Palabra Salvadora está garantizada en la Iglesia y que solamente la aceptación por los pobres, en su corazón en su mente y en su vida, de esa Palabra Salvadora, puede vencer la explotación y la degradación humana a que se ven sometidos.*

*Quien no busque LA VERDAD CON CORAZÓN LIMPIO, que no lea a Rovirosa (ni a Cristo). Hay mucha profundidad para ojos con legañas de espiritualismo o de progresismo al uso.*

*Hoy presentamos, en el Movimiento Cultural Cristiano, tres escritos de Guillermo Rovirosa. El más importante es el segundo: “La virtud de escuchar”. Es el año 1962, cuando Rovirosa está llegando al cenit de su vida contemplativa. Pensado, mecanografiado, fotocopiado, encuadernado y enviado por él,*

*La virtud de escuchar- Guillermo Rovirosa*

*desde Montserrat, a sus amigos como efusión y regalo personal, es el que ha inspirado las líneas que anteceden.*

*Escuchemos, pues, a quien tan bien supo escuchar.*

Julián Gómez del Castillo  
Responsable de Ediciones “Voz de los sin Voz”

# La virtud de escuchar

## PREFACIO-CONFESIÓN

En el ocaso de mi vida, traspuestos ampliamente los sesenta años, me percaté con gran pena y no menor asombro de algo esencialísimo en la vida y a lo que nunca presté la menor atención. De algo que ahora me explica en gran parte los fracasos en mis relaciones humanas

ME HE DADO CUENTA DE QUE VERDADERAMENTE NO HE ESCUCHADO A NADIE.

Esto es gravísimo



No sé si esta tragedia mía es también la tragedia de los demás. Es posible que yo sea en esto un caso monstruoso; aunque me parece que no. Estoy convencido de que el mal es universal. Me ha llevado a esta convicción el hecho de que cuantas veces he hablado de ello con otras personas que estaban en pleno uso de razón, de cualquier edad y sexo, todos me han manifestado su asombro al descubrir que estaban en mi mismo caso.

Sea ello como fuere, allá van estas NOTAS, que no quieren ser otra cosa que un llamar la atención ante el hecho y un intento para tratar de salir de esta lastimosa situación.



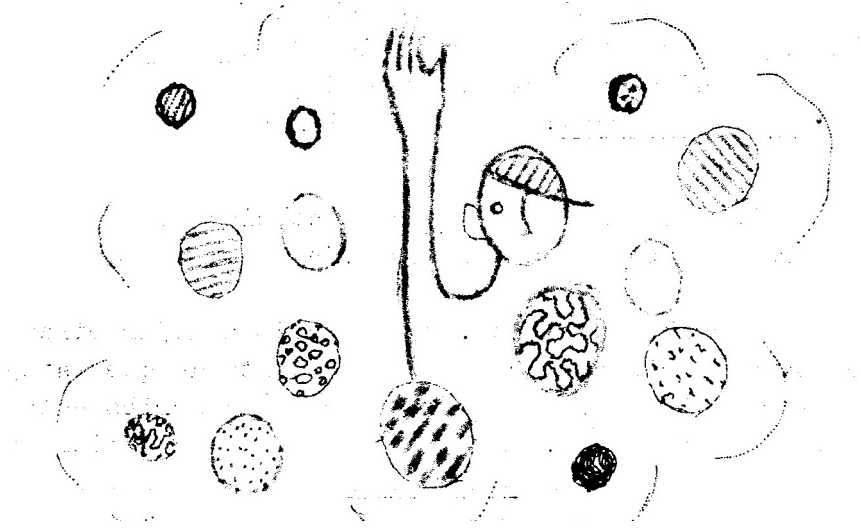
Comprendo perfectamente que lo que acabo de escribir sorprenda bastante a quien acaba de leerlo, tanto si me conoce personalmente, como si no.

¿Es posible que con una larga vida de relaciones extensas e intensas no haya escuchado nunca a nadie?

Pues sí, señor. No solamente es posible, sino que ésta es la tristísima realidad

Claro está que no es lo mismo escuchar «de cualquier manera» que escuchar «verdaderamente», subrayando esta palabra como he hecho al empezar.

A causa de esta distinción, en la primera parte de estas NOTAS trataré de establecer la noción clara de qué cosa es el escuchar verdaderamente. Lo demás vendrá por sus pasos contados.



## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

### ESCUCHAR Y OÍR

En todo lo que se indica en este Cuaderno se supone siempre que los órganos auditivos funcionan correctamente. Quiero decir que no me referiré nunca a posibles defectos físicos, ya que ello es cosa de médicos, y cae, por lo tanto, fuera de mi competencia y de mi intención.

No puedo ni quiero negar que ciertos defectos y anomalías del oído pueden introducir modificaciones importantes en las consideraciones que vaya hacer refiriéndome a lo «normal». Pero esto lo dejo para quienes puedan, sepan y quieran tratarlo por su cuenta.



El sentido del oído funciona sin interrupción. La naturaleza no nos ha dotado de «párpados», ni de «pausas», ni de retracciones que puedan dejarlo fuera de servicio a voluntad del «consumidor». Para que deje de actuar no hay otro medio que el de taponarlo físicamente. Esto no es ninguna novedad, pero conviene recordarlo.

Un paso más. El sentido del oído está en comunicación constante con esta parte del alma que los psicólogos denominan el inconsciente

Voy a dedicar unas líneas a este aspecto, que no constituye el objetivo principal de estas NOTAS, ni mucho menos. Sólo lo haré de paso y como referencia.



Están de acuerdo los psicólogos (especialmente los modernos) en afirmar que el inconsciente es la parte del alma que funciona de manera permanente, incluso en el sueño. Lo que en el ser racional llamamos inconsciencia tiene su paralelo (*grosso modo*) en lo que se denomina instinto en los animales.

Por el oído llega una información constante a la inconsciencia, que no reacciona mientras tal información no se sale de lo habitual. Por ejemplo: las vacas siguen paciendo imperturbables mientras llegan a sus oídos los rumores de la brisa, el canto de los grillos, el balar de los corderos..., así como el hombre que va por la calle de la gran ciudad no hace ningún caso de los ruidos habituales de los vehículos de todas clases, de las conversaciones, de los voceadores, etc

Pero si la vaca que paca en el prado oye el rugido de un león que se ha escapado de un circo, o el viandante de la gran ciudad oye el ruido característico de dos o más vehículos que chocan violentamente, se terminó la indiferencia. La vaca actuará infaliblemente guiada por su instinto, y la persona lo hará por algo más complejo, en lo que pueden intervenir su instinto de conservación, su temperamento, sus «reflejos condicionados»... y en último término su entendimiento y su voluntad. El resultado

final será, en las personas, que unas se quedarán inmóviles para ver qué pasa, otras impulsadas principalmente por el miedo modificarán su marcha apartándose del foco sonoro, mientras que otras se dirigirán hacia él para prestar el auxilio que esté a su alcance.

Todo esto como primera actitud, derivada del hecho de que un ruido ha provocado la atención y la alarma de la consciencia. La rapidez con que aquella reacción se efectúa difiere en cada persona, y es muy posible que quien tuvo un primer movimiento de fuga sea luego, reaccionando, uno de los más abnegados auxiliares; mientras que otro cuyo primer impulso fue el de acudir, a los pocos momentos escurra el bulto para evitarse «líos»

Todo esto son experiencias del vivir diario, y no hay por qué insistir en ello, pues todos lo sabemos de sobra.



Pero estos ejemplos tan banales ya nos permiten establecer una primera distinción entre el oír y el escuchar. Y podemos decir:

Oír es la percepción de sonidos externos sin atención psíquica, ya sea porque no rebasa la zona de la inconsciencia (por ejemplo en el sueño), ya sea porque tratándose de ruidos rutinarios no provocan la atención. Escuchar es la percepción de sonidos externos acompañada de atención psíquica voluntaria o espontánea.

Un ejemplo: en un concierto todos los asistentes oyen toda la música, pero no todos la escuchan y atienden a toda ella.

El oír es una operación objetiva que depende únicamente de los sonidos exteriores y del buen estado del órgano auditivo; mientras que el escuchar depende del sujeto, depende de que éste ponga o no atención a lo que oye.

# PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO SEGUNDO

### ESCUCHAR Y ENTENDER

Aquí empiezo a entrar de lleno en el objetivo de estas NOTAS. El oír, tanto en las personas como en los animales, ya no ocupará más nuestra atención, después de las leves indicaciones que he hecho en el capítulo anterior. Ahora nos ocuparemos del «escuchar».



De lo primero que me percató es de que, cuando escucho, lo que menos me preocupa son los sonidos en sí, sino que mi atención se dirige a lo que los sonidos expresan. A lo que puede llamarse su carga

Hay cargas que expresan lo mismo en todos los pueblos y lugares del mundo, como ocurre con la risa y el llanto por ejemplo. Si a través de un tabique oigo reír a personas que no conozco, la sensación que experimentaré será radicalmente diferente de la que experimentaría si oyera llorar. Y ello no será en función de los sonidos, sino de su carga.

Muy otro sería el caso, quizá más claro, de dos personas que escuchan a una tercera que habla en un idioma familiar al primero y que el segundo desconoce totalmente. Ambos oyen exactamente los mismos sonidos, pero para el uno carecen de carga, mientras que para el otro representan las imágenes y las ideas más variadas

Un médico ausculta el pecho de un enfermo, y los sonidos que percibe le expresan una multitud de precisiones sobre el estado interno del enfermo, mientras que la misma operación realizada por un profano... carece de sentido.

Quiero indicar con todo esto que para escuchar el primer paso consiste en poner atención a lo que se oye, pero esto no es más que el primer paso. El segundo paso es ENTENDER.



La parte principal en el aprendizaje de ENTENDER se realiza en los primeros meses



de la vida, cuando de manera casi inconsciente no solamente se aprenderá a entender las palabras de las personas que nos rodean, sino también a pronunciarlas para poder ser entendidos de los otros. Esto hace posible la comunicación entre el que llegó al mundo hace unos dos años y los que conviven con él.

Me parece que basta mirar para ver que el entender no se agota nunca. Por muchos años que uno viva, siempre hay cosas (que pueden representarse por sonidos) que uno no entiende todavía, pero que podría llegar a entender si se aplicara a ello. Lenguas extranjeras, técnica, arte..

Aquí seguramente puede hablarse de un mínimo vital que lo formarán los conocimientos mínimos para que un ser humano pueda convivir normalmente con los que le rodean. Este mínimo vital creo que es diferente para cada situación en que el hombre se halle, y no será el mismo para un peón que para un médico. La categoría humana la dará, para cada individuo, la distancia a que se encuentra de «su» mínimo vital. Para que esta distancia aumente más y más se requieren tres condiciones: Esfuerzo, Aptitudes y Oportunidades.

Tengo para mí que lo que más falla (de estas tres cosas) no son las aptitudes ni las oportunidades, sino el esfuerzo, que ordinariamente se rehuye cuando no se prevé a plazo corto la cosecha de sus resultados. Por algo llevamos en nuestra propia naturaleza la llamada Ley del Mínimo Esfuerzo, que si bien en gran parte es causa de los avances de la técnica, por otra parte es una rémora para la auto-técnica del hombre, como iremos viendo en estas NOTAS.

El hecho es que cuando se llega a la edad adulta, en general uno se contenta con lo que aprendió a entender de niño y de joven, y no se preocupa por aprender a entender cosas que no entiende, limitándose únicamente a vigilar para no caer en el ridículo.

Haciendo un inciso, he de expresar la pena que esto me produce, ya que estoy seguro de que la edad adulta es la más apropiada para aprender a entender más y más; primero porque las facultades están más desarrolladas que en los niños y en los jóvenes, y después porque el mayor bagaje de entendimientos facilita en gran manera el adquirir otros nuevos. Pero no parece sino que casi todos nos hemos puesto de acuerdo tácita y estúpidamente en estar seguros de que son solamente los niños y los jóvenes los que tienen que aprender a entender, ya que los adultos somos los que entendemos todo. ¡Imbéciles!



Un aspecto me llama la atención, y es que para los países que designamos como de cultura occidental (que no tiene nada que ver con capitalismo ni comunismo) el sentido corporal al que se da la primacía sobre los demás es el de la vista, mientras que en Asia [la preferencia] se atribuye al oído.

Yo, personalmente, creo que los asiáticos tienen razón. Más que razonamientos, me basta con observar a los ciegos y a los sordos para darme cuenta de que son mucho más desgraciados los segundos que los primeros. A los que, gracias a Dios, tenemos en buen uso ambos sentidos nos parece, a priori, que debe ser peor perder la vista que la audición, pero si nos fijamos un poco nos damos cuenta de que todos perdemos la vista unas seis a ocho horas diarias (sueño) sin que por ello sintamos la menor incomodidad, mientras que el oído nunca descansa, como ya indicaba antes, y el perderlo representa quedar sumergido en el inmenso y eterno silencio.

Pero esto no es más que una digresión y carece de importancia para lo que estoy considerando.



Creo que la lectura (en sí) ha de tomarse más como una función auditiva que como una operación visual, por el hecho de que al «leer lo que se capta son las palabras (con su *carga*) y no objetos. Los sonidos son efímeros y cesan casi al mismo tiempo de producirse; el gran valor de la escritura es precisamente el de estabilizar y hacer permanente lo que por su propia naturaleza es huidizo.

Así podemos decir que con el oído captamos las palabras presentes, y con la lectura oímos las palabras pasadas. Claro está que con los procedimientos modernos de discos y de cintas magnetofónicas esto se ha perfeccionado mucho, ya que con la simple lectura no podemos escuchar más que las ideas, mientras que en un disco, además de las ideas, percibimos el timbre de la voz, la entonación, el sentimiento, la emoción... del que habla.

Supongo que no hay quien opine lo contrario de esto tan sencillo. El hecho de que los ciegos lean con los dedos confirma ampliamente lo que acabo de indicar.



Para entender algo es indispensable que este *algo* sea suficientemente inteligible. Supuesto esto, se ve en seguida que el factor principal se halla en la capacidad intelectual de cada sujeto. La lección que explica el profesor es la misma para todos sus oyentes, pero al final unos la han entendido y otros no; y hasta es posible que haya quienes la han entendido al revés.

Ante una manzana que se desprende del árbol y cae, casi todo el mundo entiende que es porque ya estaba bastante madura o agusanada; pero Newton no se paró aquí, y entendió mucho más.

Una puesta de sol otoñal, o una noche clara, las entenderán de manera muy diferente un meteorólogo y un astrónomo por una parte, y un poeta por otra. Aparte la gran muchedumbre de los que no somos poetas, ni astrónomos, ni meteorólogos.

Quiero decir que el entender lo que sea depende en grandísima parte del aprendizaje o entrenamiento que se tenga en aquello. Aunque parezca una prograssada y sea una redundancia, diré que los entendidos logran entender las cosas que no entienden mucho mejor que los que no lo son

Pero no basta el entrenamiento y la aptitud si no se pone la atención (la voluntad) en entender lo que sea

Como resumen de estas páginas diré que a mi ver, tan escaso y limitado, el factor principal está en el deseo, las ganas y la voluntad de entender, siendo un entrenamiento muy importante el aprendizaje que se tenga en aquel campo del entendimiento. Estos valores los dispongo en este orden por estar seguro de que los primeros son decisivos en cuanto a que se dé o no el acto del entendimiento, mientras que los segundos solamente intervienen en relación con la velocidad. Un ejemplo de ello (y hablando en unos términos muy generales) creo verlo en el contraste entre germanos y latinos, ya que en los primeros una decidida voluntad de entender, unida a una menor agilidad mental, les lleva a resultados mucho más estimables (en ciertos aspectos) que los que consiguen los segundos con una mente mucho más despierta, pero con escaso tesón



Con esto llegamos al final de este Capítulo, habiendo insinuado algo de la diferencia que existe entre el escuchar y el entender.

Ya sé que todo esto es archisabido, pero me interesaba exponerlo

someramente para dar coherencia y homogeneidad a lo que voy considerando.



## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO TERCERO

ENTENDER COSAS,

ENTENDER IDEAS,

ENTENDER PERSONAS.

En las páginas anteriores me he fijado someramente en el entender con relación al sujeto del entendimiento, que no es otro que la persona que entiende

Ahora echaré un vistazo al objeto del entender, que dividiré en tres grandes grupos:

Primero: COSAS, englobando con esta palabra todo lo que tiene existencia material y cósmica.

Segundo: IDEAS, que comprende el mundo inmaterial de las nociones, los conceptos, los entes de razón...

Tercero: PERSONAS, que constituye la síntesis de los dos grupos anteriores, por el hecho de que en las personas se halla indisolublemente unido lo material con lo inmaterial.



Entender las COSAS es el objetivo de las ciencias en general y de toda la técnica. Y no hay duda de que este entender es el que actualmente más se cotiza entre los hombres. Especialmente en lo que se refiere a los aspectos de la INVESTIGACIÓN



Entender las IDEAS es el fin de toda Filosofía, en cualquiera de sus manifestaciones. Aquéllas son una elaboración inmaterial de nuestra mente. Los hombres, por otra parte, logramos saber, entender y explicar lo que sea, sólo valiéndonos de las ideas (por exigencia funcional mental), aunque no hayamos estudiado filosofía o le tengamos horror.



Entender las PERSONAS es lo que se han propuesto, se proponen y se propondrán todos los Humanismos habidos y por haber.

Cualquier Humanismo tiene como objetivo central explicar el hombre y es curioso observar que todas las ciencias que tratan de explicar las cosas se mantienen dentro de la unicidad, ya que no se puede imaginar una electrónica soviética diferente de la electrónica capitalista, y así en todas las ciencias. En cambio, en la Ciencia del hombre existe una disparidad verdaderamente abrumadora.

Creo, sin embargo, que la cosa no es de extrañar, ya que El Hombre no existe. No existe el hombre-tipo, el que una vez conocido y estudiado ya se conocen todos; como ocurre con las abejas de una misma raza, o con los átomos de un mismo cuerpo.

¿Querrá esto decir que los humanismos son inútiles? ¡Dios me libre de afirmarlo! Quiere decir únicamente que no hay que darles más valor del que tienen.

Creo que es muy conveniente tener una idea genérica del hombre, a sabiendas de que cada hombre es diferente de la idea genérica, y que lo más interesante es precisamente aquello en que difiere de la idea genérica, que es lo que constituye en gran parte su personalidad, dándole un carácter incomunicable, intransferible.



Tengo la convicción bien arraigada de que, sin despreciar el entender las cosas y las ideas, lo más interesante es entender a los hombres. Quizá porque en el hombre se sintetiza y converge todo lo que concierne a las cosas y a las ideas. Y en último término, ¿qué valor pueden tener en sí las cosas y las ideas si no se refieren al hombre?



Para lo que me propongo en estas NOTAS no tengo por qué insistir más sobre el entender las cosas y las ideas. Basta con lo indicado.

En lo que quiero fijarme, hasta donde alcancen mis posibilidades, es en entender a los hombres. Y vamos por partes.

Todos los humanos somos semejantes. Existe una semejanza global, efecto de nuestra identidad de naturaleza, que nos sitúa inmediatamente dentro de la especie humana. Ningún peligro existe de que se confunda un hombre con un ciervo, o con una hormiga, o con un elefante... Esta semejanza no existe únicamente en la disposición de los órganos del cuerpo, sino también en la constitución del organismo psíquico y afectivo. No creo que haya división de opiniones sobre esto que acabo de indicar, por lo que no es necesario insistir sobre ello.

Todos los humanos somos diferentes. Es interesante observar que la semejanza de conjunto entre los humanos se construye sobre la diferencia entre las partes. Las huellas dactilares son diferentes en todos los hombres habidos y por haber, y así se vería en cada parte del cuerpo, culminando en la fisonomía. Y no solamente en la construcción somos diferentes, sino también en el funcionamiento. Cada estómago tiene sus peculiaridades digestivas; cada uno tiene su manera de andar, y su propia escritura. Esto, que aparece evidente en lo físico, es igualmente evidente en lo moral: ante un mismo suceso todos reaccionamos de distinta manera. Cuando por excepción todos reaccionamos igual es precisamente cuando aparecen los llamados fenómenos de masas que, para mí, constituyen una auténtica deshumanización del hombre. Y esto no sólo en el aspecto multitudinario, como el fútbol y las revueltas, sino también en aspectos que se tienen como normales, y cuya manifestación más patente me parece que son las modas, no solamente en los vestidos y peinados de las mujeres, sino también en el arte, en la política...; en una palabra: en todo lo que se designa como corrientes de opinión, que es la opinión de los que carecen de opinión propia (en general).

Todos los humanos podemos ser personas. La especie humana es una, cualquiera que sea el color, la raza, la cultura..., lo mismo que las demás especies animales, con sus diferentes familias y variedades.

En los animales que el hombre «maneja» (con fines utilitarios) se busca obtener el «tipo» más adecuado a los fines que se persiguen. Esto me parece normal y correctísimo, ya que en los animales el individuo no puede pasar nunca de esto: de individuo.

Lo trágico es que este criterio se aplique también a los humanos, con una perseverancia inhumana. Empezando por los padres, que hacen lo posible y lo imposible para que los hijos sean como toda la familia, continuando con los maestros y todos los que tienen autoridad, que quieren, por todos los medios a su alcance, que los subordinados sean a su imagen y semejanza, tanto los que tienen autoridad económica (patrones), como autoridad política o religiosa. Se diría que se pretende la

regresión a lo animal: todos iguales.

Afortunadamente, todo ser humano lleva consigo su personalidad, y la HISTORIA (la grande y la pequeña) puede mirarse como la lucha entre unos que quieren imponer su personalidad propia a los demás, frente a una resistencia (con diferentes alternativas) de los que pretenden ser ellos mismos. Son demasiados, por desgracia, los que confunden el «formar» hombres con el «amaestrar» animales.



No quiero extenderme más en esto, aunque comprendo que podría ser muy interesante. Para mi objeto me basta con apelar al testimonio personal del que lee estas líneas. A este objeto le voy a formular tres preguntas, para que el lector las conteste por su cuenta, pues se refieren a él, personalmente:

Primera: ¿Es mi aspiración íntima el llegar a ser un buen animal humano, haciendo únicamente lo que me manden los que tienen autoridad moral o material sobre mí, [o] siento anhelo de poder realizar ciertas aspiraciones que percibo latentes en mi interior?

Segunda: ¿Prefiero que se me trate como un número del rebaño humano, con tal de que pueda comer bien, tener buena casa, con televisión y hasta vehículo propio, o preferiría tener menos comodidades, con tal de poder hacer oír mi voz en las asambleas de los hombres?

Tercera: ¿Siento grandes deseos de comprender a los demás, sin importarme demasiado que los demás me comprendan a mí, o me ocurre todo lo contrario?

Cada cual verá la respuesta que da a cada una de estas tres preguntas, pues se refieren a él, y únicamente a él.



Yo he de confesar, con toda sinceridad, que a todas estas preguntas mi respuesta es negativa para la primera alternativa de cada una, y afirmativa para la segunda.

Pero precisamente porque todos somos diferentes, supongo que las respuestas a estas tres preguntas también serán diferentes.

A los que contesten de manera afirmativa a la primera parte de las dos primeras preguntas, he de decirles que me extraña que hayan sido capaces de llegar hasta aquí en la lectura de estas NOTAS, y casi me atrevo a suplicarles que no sigan adelante; ¿para qué?

En cuanto a los que contesten afirmativamente a la primera parte de la tercera pregunta he de manifestarles mi admiración sincera, y pedirles también que no sigan adelante, ya que en las páginas sucesivas no se trata más que de ver la manera de conseguir algo de lo que ellos ya poseen de manera plena.



Vuelvo ahora al punto de partida, manifestado en las primeras páginas de este Cuaderno, y haciendo más explícita la «confesión» con que lo empecé.

Efectivamente; en el orden personal he sentido (más o menos) a lo largo de mi ya larga vida el deseo de realizar aquellas «perfecciones» que sentía latentes en mí. Por ejemplo: siempre he sentido un gran deseo (que todavía siento) de cultivar rosales, y nunca he podido realizarlo. Dentro de mi profesión (electricista) el ver algo descrito o realizado que escapaba a mis conocimientos técnicos, me producía tal desazón que no paraba hasta «empaparme» de aquello. Actualmente, al final de mi vida, mi atención se centra principalmente en los problemas del hombre, cuyo principal aspecto es el problema de Dios. Estas NOTAS son seguramente una expresión de lo que acabo de indicar. Ni que decir tiene que no me arrepiento de haber conservado esta actitud frente a la interrogación que se formula en la pregunta primera; de lo que he de arrepentirme, en todo caso, es de no haber sido siempre fiel a esta actitud.

Tampoco me arrepiento de haber adoptado socialmente la actitud que se desprende de haber contestado con un no rotundo a la primera parte de la segunda pregunta de las formuladas anteriormente.

Pero estimo que la tercera pregunta tiene, con mucho, una importancia muy superior a la de las otras dos. Y aquí es donde aparece de manera patente mi fallo.



Quizá es consecuencia de la «recepción» que se nos hace al llegar a este mundo. No lo sé. Pero es lo cierto que en el «debut» de la existencia y a base de llorar, gritar y ensuciarnos logramos ser comprendidos de los que nos rodean, que acuden solícitos a satisfacer nuestras necesidades y a atender nuestros caprichos y exigencias. ¿Acaso no constituirá esto el Paraíso Perdido por el que suspiraremos después inconscientemente a lo largo de toda la existencia?

«Aquello» duró poco, aunque lo suficiente para «marcarnos» para toda la vida. Cuando ya empezamos a hablar para hacernos comprender mejor, entonces los allegados cambian de actitud progresivamente, empeñándose en que les comprendamos a ellos, por las buenas o por «la tremenda», en cuyo terreno todas las ventajas son suyas. Así empieza la tragedia que durará toda la vida... si no se pone remedio.

Planteada la cuestión de esta manera, me parece ver ahí la raíz de la lucha permanente (en este planeta) de unas fuerzas oscuras que tienden a la personalización del individuo, contra otras fuerzas (más oscuras todavía) que tienden a su socialización, si puede aceptarse esta palabra.

Lo malo está en creer que personalización y socialización son términos que se excluyen y que por lo tanto han de prevalecer el uno sobre el otro, hasta que el vencido sea aniquilado. El desenlace final no puede ser otro que el que vemos con nuestros propios ojos: la anarquía temperada por la fuerza pública, o el totalitarismo en sus múltiples formas.

Lo malo está en que los que defienden la personalización (que para muchos es



sinónimo de libertad) son sectarios, que confunden la parte de verdad que indudablemente poseen, con toda la verdad; y lo mismo les pasa a sus contraopinantes.

Lo malo está en haberse entablado la lucha donde debía haberse entablado la colaboración.

Escribo todo esto, y me decido a dejar otras cosas que iba a escribir, porque me doy cuenta de que estoy pisando un terreno falso. Quiero decir que describo estas cosas (que, por otra parte, estoy seguro de que son ciertas) como si se tratara de actos conscientes, y no lo son. Su raíz profunda hay que situarla en el egoísmo inconsciente (y siempre camuflado) que todos llevamos dentro. De una manera descarnada, esto podría enunciarse así:

Todos deseamos que todos nos comprendan, y ni yo ni nadie deseamos comprender a nadie.

De aquí podría salir un «lema» opuesto al de la corona británica. En vez del: Todos por Uno y Uno por todos, sería: Todos contra Uno y Uno contra todos. Porque cuando uno quiere emerger a la personalización, se encuentra con todos frente a él; pero en cuanto el que quiere ser persona es «otro», entonces a su vez aquél que quería personalizarse antes, se suma automáticamente a «todos» para hundirle.

¿No será esto una especie de locura? Yo así lo creo. Lo que pasa es que todos la padecemos, y así no nos cuesta nada creer que es lo normal.

-----

Insisto una vez más en mi triste descubrimiento: Me he pasado toda la vida tratando de ser comprendido por los demás, sin poner la menor atención en comprender a nadie. Esto quizá pueda parecer todavía un poco fuerte. Trataré de explicarme lo mejor que pueda.

-----

# PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO CUARTO

### ESCUCHAR AL «OTRO»

Voy a tratar de escribir con toda la crudeza posible. Destacando las luces y las sombras para que lo que voy a decir adquiera el máximo relieve.

-----

Para mí, el valor supremo de todo cuanto existe en este mundo soy yo mismo. Todo lo demás son valores instrumentales, que valen en tanto en cuanto hacen relación a mí. La familia, la patria, la libertad y otros valores por los que los hombres nos sacrificamos, y algunos incluso han dado y dan la vida, se aprecian y estiman en cuanto son Mi familia, Mi patria, Mi libertad... En cuanto no se trata de LO MÍO (directa o indirectamente), carece de interés.

La angustia existencial del mundo actual tiene dos caras: por una parte mi impotencia para hacer lo que yo quisiera, y por otra el temor (o pánico) de lo que me va a sobrevenir en contra de mi deseo.

Siempre el YO que lo domina y lo absorbe todo.

Y... ¿quién soy YO?

Sin meterme en metafísicas, que no son del caso, y situándome en un terreno en el que todos podamos estar de acuerdo, diré que:

YO soy alguien que en un momento dado (y sin saber ni cómo ni por qué) me encontré vivito y coleando en el centro del universo. Hay en mí una parte «particular» (valga la redundancia) integrada por elementos que traje conmigo al nacer, tales como salud, temperamento, inclinaciones, sexo, aptitudes..., que se han ido concretando a lo largo de mi historia particular, junto con otros elementos «incorporados» (que son los que son, pero que pudieron haber sido otros) como fruto de mi historia relacionada, tales como una lengua materna, unos hábitos, unos usos y costumbres, una cultura, una técnica, unos convencionalismos, una familia... En resumen: lo que con frase lapidaria Ortega expresa así: Yo soy yo y mi circunstancia.

En esto, repito, creo que todos podemos estar conformes, aunque algunos crean (y yo también) que habría que completarlo. Pero para lo que estoy tratando ahora, con esto basta. Antes de terminar, ya me referiré a lo que falta.

Y el «OTRO», ¿quién es?

En primer lugar, el «otro» es alguien que no está, ni puede estar, en el centro del universo, pues este lugar lo ocupo yo. Podrá tener más poder, más influencia, más lo que sea que yo; pero para mí es solamente un valor instrumental que puede presentar dos caras: una benéfica si es útil para mis designios, y otra maléfica si los contraría y neutraliza. Los primeros serán los míos, y los segundos serán mis enemigos, a los que hay que combatir.

Repito que esto es muy crudo, pero tengo necesidad de expresarlo así.

¿Cuál será el centro de interés de mi relación con el «otro»? Lo previo será poderle poner una etiqueta, en la que no es menester mucha ficha ni mucha literatura; bastará con un simple adjetivo para calificarlo como bueno o como malo, como listo o como torpe, como decente o como granuja, etc., con lo cual ya tendré bastante para relacionarme con él.

Repito que esto es exagerado, pero en el fondo es verdad. También repito que aquí falta algo. Ya lo añadiré

En esta situación espontánea y «natural» de mis relaciones con el «otro», es también muy «natural» que cuando me trato con él refiera a mí mismo todo cuanto él me dice, para darme cuenta en todo momento de si es válida la etiqueta que le puse, o si la tengo que modificar. O sea: que el centro de interés siempre está en mí mismo.



Voy a añadir un nuevo elemento a este esquema elemental: LA COMPASIÓN.

Este es un sentimiento típicamente humano, ausente en los animales, y que todos tenemos en mayor o menor grado, más o menos desarrollado, más o menos atrofiado. En cualquier movimiento compasivo parece que el centro de interés ya no soy yo, sino el «otro». Me permito dudarlo, y he aquí por qué:

El principio del movimiento compasivo no está en el que padece, sino en el que auxilia. Ante un mismo hecho lastimoso cada espectador reacciona de manera diferente; basta recordar la parábola del Buen Samaritano, y tantos hechos de nuestro vivir diario. Las circunstancias del hecho, particularmente la urgencia, determinan asimismo diferentes reacciones. Uno que se lanza al agua vestido para salvar a otro que se está ahogando, es muy fácil que no lo hubiera hecho si se hubiera puesto a filosofar sobre su impulso. Su temperamento vehemente le ha conducido al acto heroico.

La finalidad de la compasión creo que tampoco está en el «otro». Claro que hay una finalidad ocasional centrada en el «otro», ya que si el «otro» no se encontrara en

un mal paso no habría movimiento compasivo; esto es evidente. Pero yo pregunto: ¿es que la gran satisfacción del que se compadece de otro está en haber sacado de apuros al «otro», o radica más bien en su interior por haber cumplido su deber, o por haber sido magnánimo, o por mirarse a sí mismo como ejemplo y modelo de buenos ciudadanos...? ¿Que exagero? Pido solamente que se analicen y se comparen los sentimientos íntimos que experimentamos cuando nuestra buena acción es rebajada, o cuando es exaltada y ponderada. En uno y en otro caso el servicio hecho al otro es idéntico.

Esto es lo que pienso de la compasión humana, que algunos llaman también humanitarismo y otros filantropía, según sea la raíz filológica que adopten.



Voy a referirme ahora al amor, del que nada he dicho todavía en estas NOTAS, y que sin duda alguna es un elemento importantísimo en las relaciones humanas. Empezaré fijándome en el amor humano.

También es éste un elemento específico de la especie humana, ya que no puede designarse con este nombre lo que en los animales bisexuados no pasa de ser instinto de reproducción. Por esto la noción de familia y de parentesco es inexistente fuera del hombre.

Los amores humanos tienen siempre su raíz en el YO. Se aman las cosas y las ideas cuando se encuentra complacencia en ellas, y una exigencia de amor es poseer aquello que se ama, tanto si son cosas como si son ideas; de manera que en estos casos su finalidad está también en el YO.

En cuanto al amor de unas personas por otras (y dejando de lado lo que es atracción puramente sexual) no hay duda de que nuestra naturaleza «natural» (y valga también la redundancia) nos impele únicamente a amar a los nuestros. Los padres aman a los hijos y otros familiares porque son los suyos; si no fueran los suyos se desentenderían de ellos con toda «naturalidad». Los amigos aman a los amigos porque son de los suyos; los otros... no interesan. Sentimos predilección afectiva por algunos cuando descubrimos que son simpáticos, o cuando los encontramos buenos, según nuestro particular criterio de bien y de mal; con ellos podemos expansionarnos, «pasar buenos ratos», etc.

¿No es esto así? ¡A ver quién me demuestra lo contrario!

De donde resulta que el amor natural de unas personas por otras también tiene su principio y su finalidad en cada YO individual.



Siendo ello así, ¿qué hay de más «natural» que yo (que estoy en el punto-clave del centro del universo) trate de ser comprendido por los demás, en un movimiento de compasión hacia los infelices que carecen de las ventajas de mi situación privilegiada?

Estoy seguro de que nadie (o muy pocos) se plantean así la cuestión en su consciencia. Pero la moderna psicología nos ha descubierto que las zonas de la inconsciencia tienen una importancia enorme. Y a esto me refiero.

Si en realidad yo ocupara el centro del universo, esta actitud sería correcta si los otros se dieran cuenta de que ellos no tenían, ni podían tener, este privilegio.

Pero ocurre que esta convicción de estar en el centro del universo la tenemos todos, mientras que la realidad es que tal centro no lo ocupa nadie, por la sencilla razón de que el centro del universo no existe.

Esta es la gran mentira inconsciente que preside casi todas (por no decir todas) las relaciones humanas «naturales», con todos los complejos de superioridad y de inferioridad de que nos habla Adler.



Metidos en todo este «tinglado» natural tan supercivilizado (?), ¿qué tiene de particular que todos hablemos incansablemente para ser comprendidos de los demás, y que nadie escuche a nadie?

Verdaderamente, las cosas no podían ocurrir de otra manera. Y voy a llevar un poco más adelante mi análisis, que sería, mejor llamar mi confesión. Voy a considerar unos cuantos casos típicos.

1.º Mi conversación con desconocidos. Quiero decir: con personas que acabo de conocer. Todo mi interés se centra en un doble objetivo: primero, cuidar mis palabras para que el otro se percate de que soy yo (y no otro) quien está en el centro del universo; y segundo, poderle poner una etiqueta en el momento de separarnos. Todo esto inconscientemente, claro está.

2.º Mi conversación con indiferentes. Se trata de gente conocida a los que anteriormente les puse la etiqueta de no interesantes. Hablamos del tiempo, del fútbol, del último chiste..., de cualquier cosa. El caso es despedirnos cuanto antes, sin desmerecer. No me interesan.

3.º Mi conversación con personas importantes. Una doble atención: por una parte analizar microscópicamente sus palabras para descubrir sus fallos y regodearme después cuando pueda rebajarlos en mis comentarios; y por otra parte un enorme

cuidado en mis palabras para que se dé cuenta de que, en algún aspecto, yo soy más importante que él y puedo darle lecciones. Como se ve, parece que le estoy escuchando a él, pero en realidad toda mi atención está concentrada en mí mismo. Todo inconscientemente, como siempre.

4.° Mi conversación con personas que tienen mando sobre mí. Puede aplicarse lo del punto anterior, añadiendo un tercer centro de interés en mi atención a sus palabras, a causa del beneficio o perjuicio que sus decisiones puedan reportarme. Pero esta novedad no introduce innovación en el hecho fundamental de que en mi conversación con el superior todo mi interés sigue centrado en mí.

5.° Mi conversación con subordinados. Esto no se ha dado con frecuencia, pero lo bastante para percibir dos momentos: durante y después de la conversación. Durante la conversación un gran gozo por creer que quieren comprenderme como corresponde a quienes no ocupan el centro del universo y se hallan ante quien está en tal lugar. Después, una rabieta al ver que no han comprendido nada, o lo han comprendido al revés. ¡Claro! Yo estoy en este caso 5.°, pero ellos, por pasiva, están en el anterior caso 4.°

.6.° Mi conversación con iguales. Este es el caso más característico y más demostrativo de cuanto vengo indicando. Todos poseemos nuestra verdad y queremos que sea comprendida por los que no ocupan nuestra posición excepcional de centro del universo. El resultado es que cuando uno (yo u otro, es igual) habla para hacerse comprender, el otro está al acecho para corregirle, mejorarle, o contradecirle, interrumpiéndole en cuanto puede. Hay unos momentos en que hablamos los dos a la vez, hasta que el más discreto calla (que suele ser el que tenía la palabra). Pero entonces los papeles se invierten, y antes de que el «interruptor» termine su perorata, se ve interrumpido a su vez; y así sucesiva e indefinidamente. Esto en los casos de diálogo (que sería mejor llamar «diapólogo»). Con tres la cosa se complica, y ordinariamente la situación es de dos que hablan a la vez y uno que calla, alternando con breves situaciones en que hablan los tres, y las muy raras en que uno habla y dos callan. Cuando somos cuatro o más, no hay otra salida que formar «diapólogos» parciales, que suelen ser de una gran fluidez. El caso es (en el inconsciente) que yo demuestre de un manera o de otra mi superioridad al que me habla, de la manera más categórica y contundente posible, que es interrumpiéndole y haciéndole callar. ¿Es así como funcionan las reuniones de amigos, o, no?

7.° Mi conversación con los «de casa». Puede suceder que el «otro» me deje hablar todo lo que quiero, y al final diga amén, o algo equivalente. De momento esto me complace, aunque a la larga se hace incómodo, al constatar que no es lo mismo decir amén que hacer amén. Todo esto siempre inconscientemente, no lo olvidemos. Esto exige broncas; es inevitable. Pero cuando el «de casa» no me deja hablar del todo, ni contesta amén, mi sensación es de cansancio, fastidio y aburrimiento; ¿es posible que después de tanto estar juntos, éste (o ésta) todavía no me haya comprendido? El

resultado será la bronca o el silencio olímpico, ambos igualmente incómodos y al final, la intimidad (del hogar, del trabajo, del asueto, de la vecindad...) se enfriará de tal manera que se llegará al aburrimiento, prefiriéndose cualquier cosa a la comunicación íntima. ¿No es éste el espectáculo (inconsciente siempre) ante quien tenga ojos para ver conscientemente?



En todo este Capítulo me he referido siempre (subrayándolo en múltiples ocasiones) al escuchar y comprender al «otro» tal como yo lo he venido practicando siempre, en forma natural y espontánea, intentando poner de relieve la parte preponderantísima del inconsciente sobre mi consciente

Pero queda todavía por explorar el papel de lo sobrenatural y del Amor del Mandamiento Nuevo en todo este orden de cosas. Esto es lo que voy a intentar hacer en el capítulo próximo.

-----

## PRIMERA PARTE

### CAPITULO QUINTO

#### CUANDO EL «OTRO» ES CRISTO

Para mi YO (lo dije antes y estoy seguro de que a cualquier YO le pasa lo mismo) lo más importante de la Creación es mi propio YO. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde la vida?

Un envidioso quisiera las «cosas» del envidiado: dinero, situación, talento, hermosura, influencia...; pero estoy seguro de que nadie siente envidia por el YO ajeno.

Creo que esto sería correctísimo si no hubiera más que hombres-hombres en la especie humana. Pero existe una excepción, y una sola; y es cuando mi *yo* se enfrenta con el YO del Hombre-Dios.

La conversión al cristianismo empieza exactamente cuando uno hace esta afirmación: El Yo de Cristo es, para mí, muchísimo más importante que mi propio

YO.

El centro del universo ya está ocupado; ya no puedo ocuparlo yo: ¡lo ocupa Él! En cuanto se ha reconocido esto, empieza la gran paradoja del cristianismo, que puede enunciarse así:

Mientras yo pretendo ocupar el centro del universo, toda la creación junto con los hombres y el Creador se revuelven contra mí, todo me es hostil; pero en cuanto cedo este puesto a Cristo, la creación me acoge como un nuevo elemento positivo dentro de su armonía, y el mismo Cristo me asegura que si le amo me hará uno con Él y me hará entrar en su felicidad.

Dicho de otra manera: el centro del universo está vedado a los que pretenden ocuparlo, y lo ocupan con Cristo los que han renunciado a tal pretensión por amor a Cristo. La gran sabiduría del: Niégate a ti mismo...

Escribí en el capítulo anterior que el centro del universo no existe, y ahora puedo expresarlo así: el centro del universo no es un punto, sino un infinito (el único infinito que existe) y se llama la Santísima Trinidad.



El re-nacer del hombre a la vida trinitaria consiste en invertir el sentido de su vida puramente humana, que nos empuja a referirlo todo (como si fuera su centro) al propio YO. El cristiano es verdaderamente cristiano cuando lo refiere *todo* (incluso él mismo) a Cristo. En el fondo, toda la ascesis cristiana consiste en esto.

La objeción que aparentemente podría oponerse a lo que acabo de indicar, sería: Esto podía ser válido para los que convivieron con Jesús, pero nosotros hemos llegado tarde.

Precisamente para que esta objeción no pudiera tener nunca validez, Jesús se quedó permanentemente aquí entre nosotros en esta especie de Sacramento sobre el cual nunca se insistirá bastante: Jesús está en el «otro». En cualquier «otro». Hasta el fin del mundo. Para amarle, servirle y RECIBIRLE ya no tengo que buscarle aquí o allí; nada de esto. Le tengo siempre al alcance de la mano en el «otro». Tanto más próximo cuanto más próximo es mi prójimo.



Estoy llegando a un punto en el que temo que me va a ser difícil explicarme, por lo que ruego la máxima atención al que lee estas NOTAS



Hace ya algunos años que vengo pensando, hablando y divulgando los conceptos que acabo de indicar en este Capítulo, pero no los vivo. Esto era motivo de una desazón que iba en aumento.

Hasta que me he dado cuenta de que mi YO seguía siendo el centro de mi interés, y no el YO de los «otros». No puedo decir hasta dónde interviene el inconsciente y hasta dónde mi consciencia, pero la realidad es que cuando me esfuerzo en amar al «otro» porque es Cristo, no lo hago porque vea verdaderamente en él a Cristo, sino en relación conmigo: para la hora de recoger mi premio o mi castigo y me quedo tan tranquilo. Es decir, me quedaba; pues hace bastante tiempo que esta «buena conciencia» no la tengo. Gracias a Dios.

En mi vida cristiana (!) Y en mi apostolado, los «otros» no salían del papel de instrumentos de Mi santificación. Es decir, de mi YO

Sería muy difícil (si no imposible) que yo intentara aquí seguir el proceso de mi mente y de mi voluntad, con sus altibajos, falsas pistas, desorientaciones..., hasta llegar a donde estoy. Situación que someto a la consideración de quien lea esto, y que en resumen expongo en las páginas siguientes.



El amor y el conocimiento son inseparables. San Agustín dejó esto espléndidamente tratado en el primer capítulo de sus CONFESIONES. No se puede amar lo que no se conoce.

Por consiguiente, no puedo amar al «otro» (Mandamiento Nuevo) si no le conozco. Esto es elemental y evidente.

El problema lleva consigo esta doble pregunta: 1º ¿Qué es conocer al «otro»? y 2º ¿Cómo se hace para conocerle?

-----

En términos corrientes, dos personas se conocen cuando han sido presentadas, tienen idea de su ficha mutua, han charlado un rato... Desde aquel momento ya se tienen por conocidos. Y esto no es verdad. La verdad es que cada uno sabe del otro que existe, y ha charlado con él, lo cual representa un primer paso para conocerse, pero esto último sólo no es conocerse. La verdad es que un hombre nunca puede llegar a conocer del todo a otro ser humano.

Un aforismo de la sabiduría pagana, muy conocido, decía: Hombre, concómete a tí mismo y conocerás el universo y los dioses. El gran error de esta máxima estriba en suponer que algo, o alguien, pueda conocerse a sí mismo como punto de partida, excepto la Santísima Trinidad. Una versión cristiana de este aforismo falso podría

ser: Hombre, conoce al «otro» y te conocerás a tí mismo y a Cristo, y por Él a la Trinidad.



Voy a fijarme en la primera pregunta que formulé: ¿Qué es conocer al «otro»?

En la respuesta entra ciertamente todo lo que en el lenguaje corriente entendemos cuando empleamos esta expresión; pero ello no es, ni con mucho, lo más importante. Lo fundamental es saber lo que piensa, no solamente en la zona de su consciencia, sino también (y principalmente) lo que hay en su inconsciente. Como este tema se desarrolla en la segunda parte de estas NOTAS, me permito pedir al lector el aplazarlo un poco; aquí quedará solamente esbozado.

A primera vista parece que la mejor manera de conocer a los «otros» es fijándose en sus obras. Por los frutos se conoce al árbol...

Esto es verdad, pero como ocurre con todas las comparaciones, no es exacto. Ciertamente es exacto para los árboles, pero los árboles no tienen libertad ni viven en sociedad. ¿Es que mis obras son siempre lo que yo quisiera que fuesen? Y el ser del hombre está, más que en lo que hace, en lo que quisiera hacer. Piénsese en la Palabra del Maestro cuando asegura que el que desea adúlterar, ya es adúltero.

Precisamente, cuando mayor interés tengo en ser comprendido por los demás es cuando mi hacer no ha correspondido a lo que yo quería que fuese.

Por consiguiente, no basta (ni sobra) poner únicamente la atención en las obras para conocer al «otro». Es indispensable escucharle, a sabiendas de que las palabras pueden ser falsas. El que haya leído los capítulos anteriores de estas NOTAS ya se da cuenta seguramente de a dónde voy. Pero insistiré, pues ahí está la razón de todo.

-----

¿Hay alguna técnica, método, instituto, donde se enseñe a escuchar VERDADERAMENTE al «otro»?

¿Alguien sabe hacerlo (digo: hacerlo) y puede explicar a los demás cómo se hace?

Porque aquí está mi angustia, como exponía al empezar estas NOTAS

Comprendo que para vivir el Mandamiento Nuevo (para ser cristiano) me es indispensable conocer al «otro», que me es imposible conocerlo si no le escucho a él. No se trata de un problemita, ni de algo bonito e interesante, sino de la base sobre la que he de construir mi cristianismo.

Algo sé de lo que tengo que hacer, y puedo enunciarlo así

- Tengo que desplazar el centro de interés de mi YO al YO del «otro»

- Tengo sobre todo que auscultarle mientras escucho sus palabras, como auscultan los médicos los ruidos del pecho. Más que las palabras en sí mismas, he de atender qué ecos, qué repercusiones, qué heridas viejas y nuevas, qué sanidades, qué historia... traen consigo

- Tengo que detectar, sobre todo, en qué aspectos Cristo está presente en el «otro», y atender a su MENSAJE.

¿Alguien sabe cómo se hace esto que hay que hacer?

Yo deseo hacerlo, pero no me sale. En cuanto me pongo a hablar con el «otro» ya estoy escuchándome a mí mismo como he hecho toda la vida (¡qué asco!), aunque en el momento antes me haya propuesto escucharle a él y no a mí

Algunas de las muchas personas con las que he hablado de estas cosas me han dicho que así como se aprende a forjar forjando, así también la mejor manera de aprender a escuchar sería escuchando. Pero ya acabo de indicar mi fracaso total con este método, si es que esto se puede llamar método. Quizá otros puedan tener éxito... No sé

Creo, sin embargo, que el paralelismo con el forjador no es exacto, ya que el que empieza a forjar dispone de fuego, fragua, yunque, martillo, hierro... y yo empiezo a cero.



En este esfuerzo me ha sostenido un doble impulso:

1.º La consideración de que no podía desentenderme de ello, por aparecer ante mí como una cuestión de vida o de muerte. Exactamente

2.º La confianza en la Palabra del Señor, cuando me dice: El que busca, halla



Aquí doy por terminada la primera parte de estas NOTAS, en la confianza de que sean lo bastante claras para que el lector se haya percatado de lo que he querido decir, junto con el temor de no haberme sabido expresar satisfactoriamente.

-----

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### EL PSICOANÁLISIS

Alguien dijo que cuando las ideas fundamentales del cristianismo son «olvidadas» por los cristianos, las recogen los enemigos, pero en sus manos tales ideas se vuelven «locas»

Tal ocurrió con la idea de la LIBERTAD, que, por circunstancias históricas determinadas, quedó como retirada de la circulación entre los católicos y fue recogida por los enciclopedistas (entre otros), apareciendo el liberalismo político y el capitalismo liberal primero, y el existencialismo después. Actualmente el estudio de los temas relacionados con la libertad es una de las principales tareas entre los pensadores de la Iglesia

Otro punto básico dejado de lado durante siglos ha sido la idea comunitaria, imperando una ascética individualista orientada directamente a la unión del alma con Dios, buscando antes que nada la salvación de la propia alma; quizá por hacer más caso del Deo Uno que se reveló en el Sinaí que del Deo Trino que nos trajo el Verbo encarnado. El caso es que los «otros» se miraban principalmente como instrumentos para que los «elegidos» pudieran practicar las obras de misericordia, incluyendo el convertirlos. Los ateos declarados (marxistas) tomaron la idea cristiano-trinitaria de comunidad que en sus manos se convirtió en el comunismo, del que no he de decir nada, pues todos padecemos a causa de él. Pero esta idea-loca (el comunismo) ha tenido la virtualidad de hacer que los católicos prestemos atención a la idea-cuerda abandonada, y hoy es muy intenso el movimiento que trata de dar la primacía al Mandamiento Nuevo de Cristo sobre los diez mandamientos de Moisés al pueblo judío, y actualmente ya no escandaliza a nadie el oír hablar de comunitarismo entre nosotros.

Tal me parece que ha ocurrido con la virtud básica de ESCUCHAR para comprender y para amar, como expresión de la Vida Nueva a que nos llama la Gracia y que consiste en sustituir el egoísmo natural que todo lo refiere al YO por el amor sobrenatural que todo lo refiere a Cristo en el «otro». Se creía (y se cree) que son los no-cristianos y los Menos-cristianos los que han de escuchar a los predicadores, tanto eclesiásticos como militantes «formados». ¿Pero nosotros escuchar a los «otros»? Para qué? ¿Si solamente nos podrían pegar sus enfermedades morales! Y así estamos... Hasta que los psicoanalistas han construido una técnica del escuchar con el designio de demostrar científicamente su materialismo y la no-existencia del alma inmortal.

*La virtud de escuchar- Guillermo Roviroso*

Esta idea-loca (como las otras) consigue éxitos importantes, en tanto que nosotros vamos vegetando (malamente) mientras tenemos archivada la idea-cuerda.



No tengo más remedio que dedicar unas líneas al psicoanálisis para tratar de dejar las cosas en su punto.

En primer lugar, hay que diferenciar claramente su filosofía de su técnica. Cierto que todos ellos (como Carlos Marx por otra parte) protestan de que se les tenga por filósofos, y quieren que se les considere únicamente como científicos. Pero, aunque no quieran, tienen su filosofía, y no podría ser de otra manera tratándose de estudios y de investigaciones sobre el hombre

No hay duda de que casi todos los psicoanalistas, tanto europeos como norteamericanos, son personalmente agnósticos, cuando no son ateos convictos y confesos.

Ello hace, como es natural, que exista cierta repugnancia instintiva en los católicos cuando por alguna razón nos ponemos en contacto con el psicoanálisis. De mí sé decir que algunos años atrás por simple curiosidad quise enterarme de «algo» para no estar totalmente indocumentado, fijándome exclusivamente en sus ideas sobre el hombre y sobre el alma (que tratan de analizar y de «disecar») y fue suficiente para desentenderme de ello. En dos ocasiones principales Pío XII hizo oír su autorizada voz para precisar la posición de la Iglesia en estas cuestiones: primero, y de manera más sumaria, en 13 de septiembre de 1952 comentando los nuevos procedimientos en histopatología; y después, mas extensamente, en 13 de abril de 1953 dirigiéndose a los asistentes al Congreso Internacional de Psicoterapia y de Psicología Clínica, insistiendo de manera particular en cuatro puntos:

- 1.º El hombre debe ser considerado como una unidad y una totalidad psíquicas.
- 2.º El hombre debe ser considerado como una unidad estructurada en sí misma.
- 3.º El hombre debe ser considerado como una unidad social; y
- 4.º El hombre debe ser considerado como una unidad trascendente, esto es, tendente hacia Dios

Repito que con todo esto tuve bastante para desentenderme de un campo del conocimiento que tenía muy poco que ver con el terreno en que yo me movía y me muevo. Como consecuencia me desentendí también (sin fijarme siquiera en ellas) de las diversas técnicas psicoanalíticas.



Pero esta actitud mía hacia dicha técnica se ha modificado algo en razón de mi

interés por la *virtud de escuchar*, según voy exponiendo a lo largo de estas NOTAS

No es menester que me extienda demasiado para resumir en qué consiste dicha técnica. Diré solamente que, con algunas variantes, se trata de que el paciente *hable a sus anchas* de lo que le venga en gana, aunque se procura que haga referencia a sus sueños y a sus recuerdos de infancia, con todos los comentarios con que lo quiera adornar.

El paciente habla, habla, habla... y el médico escucha, simplemente, hablando lo mínimo indispensable. Fundamentalmente, esto es todo

Tanto en unas como en otras variantes del método original de Freud, me he dado cuenta de que lo principalísimo que hace el psicoanalista es ESCUCHAR VERDADERAMENTE al enfermo. O sea:

1º.- No trata en manera alguna de «convencer» al paciente.

2º.- No escucha sus palabras dándoles la principal importancia, sino tratando de descubrir lo que está latente en ellas. O sea: que el interés no está en las palabras, sino en el hombre.

3º.- Esto provoca una confianza y un afecto extraordinarios del paciente hacia el psicoanalista.

Ya se comprende que estos tres puntos no rozan para nada ninguno de los aspectos básicos ni secundarios de nuestra religión.

Por todo esto creí ver (y sigo creyéndolo) que aquí había un punto de partida válido para construir un esbozo de método para empezar a aprender a escuchar verdaderamente.

-----

En realidad, toda concomitancia entre el psicoanálisis y lo que voy a exponer en páginas sucesivas, se limita a lo que queda expuesto. No hay más que tener en cuenta que el tratamiento psicoanalítico es para curar enfermos del sistema nervioso, mientras que lo que yo me propongo no es para la curación de ninguna enfermedad, sino para la adquisición de una virtud por parte de personas mental y físicamente sanas.

-----

## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO SEGUNDO

CÓMO EMPEZARA APRENDER A ESCUCHAR

Vaya por delante la «receta»:

Para aprender a escuchar he de empezar por hablar sin pensar que nadie me escucha.

Esto a primera vista parece un despropósito, pero confío que el lector no pensará igual al terminar el Capítulo.

-----

Tal como indicaba al final del capítulo anterior voy a poner de manifiesto las diferencias que distinguen una sesión de psicoanálisis de una sesión efusiva, o efusión, que es como denominaré en lo sucesivo a las sesiones en las que se trata de empezar a aprender a escuchar.



En una sesión psicoanalítica asisten exclusivamente dos personas: el médico y el paciente, cada uno con función bien definida. El uno está para curar y el otro para ser curado.

En una efusión no hay enfermos ni médicos, sino dos o tres personas corrientes y normales que intentan llegar a escucharse mutuamente. Esta última frase ya indica que sería por lo menos contraproducente el que asistiera a las efusiones una persona sin apetencia de aprender a escuchar, o que estuviera convencida de que ya sabe hacerlo.

En una sesión de psicoanálisis se empieza ordinariamente con cierto recelo del paciente, y suelen hacer falta varias sesiones para que desaparezca. En las efusiones las personas que asisten no solamente ya se conocen de antemano, sino que se aprecian mutuamente, y desean desde el primer momento profundizar en su aprecio mutuo y compenetración.

La serie de sesiones psicoanalíticas tiene una duración determinada (llegan a tres años y más; con tres a seis sesiones semanales normales, pero con las interrupciones y aplazamientos convenientes) hasta la curación o el alivio. Las efusiones empiezan

con cierto método (muy amplio) que cada vez se parece más a una conversación de sobremesa, y se pretende que ya no se interrumpan jamás, siendo una verdadera efusión cada vez que se reúnen los que las empezaron.

Baste lo dicho para percatarse de la diferencia que va de unas a otras sesiones; diferencia que puede llegar, y llega, a la oposición.



Es evidente que la operación escuchar no puede darse si no existe simultáneamente la operación hablar. Pero cuando uno habla y sabe que se le escucha atentamente (no a él, sino lo que dice, como en las conferencias por ejemplo) se pierde la espontaneidad, aunque uno se ponga lo contrario.

Tampoco me cabe duda, por otra parte, que cuando uno se siente escuchado y comprendido se «abre» espontáneamente y se dice lo que se piensa sin afectación alguna. Pero precisamente de lo que se trata es de llegar a esto.



Otro aspecto: ¿Cuántos han de ser los asistentes a una efusión? Rápidamente me di cuenta de que no podían ser muchos, pues la capacidad de atención del ser humano es limitada.

La efusión de dos me parecía con más peligros que ventajas. La primera dificultad es la estrechez mental, al poner en contacto mi propio YO con otro YO y nadie más. Además de este aspecto psicológico, puede derivarse hacia otros terrenos sentimentales (como no es raro que ocurra con el psicoanálisis) cuando la efusión tenga lugar entre personas de diferente sexo.

Todas estas consideraciones, y otras, me han hecho decidir por el número tres, sean o no del mismo sexo. En un solo caso deben ser dos, pero de esto ya hablaré más adelante.



Un punto que estimo esencial es el de la actitud interna de cada asistente. Creo que ha de cuidarse en un doble aspecto.

El que acude a una efusión va, por una parte, a escuchar él; pero junto con esto debe llevar el deseo de ayudar a aprender a escuchar a los otros dos. Quiero decir que ha de sentirse simultáneamente maestro y aprendiz de los dos que le acompañan. Puede creerse que esto es difícil, pero lo es mucho menos de lo que parece.



Queda la cuestión del local donde debe tener lugar la efusión. Cualquier lugar es



bueno, con tal que no haya elementos que distraigan la atención, ni demasiada luz ni poca. Un ambiente neutro, que no «pese» sobre los asistentes.

Casi todos los psicoanalistas ponen a sus pacientes tumbados, para conseguir la mínima influencia de cualquier incomodidad en el ánimo del enfermo. Esta posición sería absurda (si no escandalosa) en nuestro caso. Los tres asistentes a una efusión estarán sentados lo más cómodamente posible. Esto no hay por qué justificarlo. Pero no sentados unos frente a otros, sino todos de espaldas entre sí en la primera parte de la efusión, y todos de cara entre sí en la segunda parte, tal como se indica en los dos dibujos adjuntos.

Voy ahora a describir la marcha de una efusión. Procuraré explicarme lo más claro que me sea posible.

Una vez sentados de espaldas entre sí, empieza uno en voz alta a hablar de lo primero que le venga a la cabeza, evitando por todos los medios el llevarlo preparado de antemano. El ideal es que hable de lo que se le ocurra, tal como se le ocurra, de la manera que suele divagar el pensamiento cuando uno está solo, que por asociación de ideas y de palabras se pasa de unas cosas a otras sin orden ni concierto. En esta primera parte convendrá evitar, en general el referirse para nada a los otros dos. Hablará de sus cosas durante un cuarto de hora (más o menos), esforzándose para olvidar a los otros, como si estuviera solo. Mientras tanto, y diga lo que diga el que habla, los otros dos guardarán absoluto silencio. Este punto es fundamental y no debe olvidarse nunca.

Mientras tanto, los que callan evitarán el pensar en lo que van a decir cuando les llegue su turno, centrando toda su atención en lo que dice el que está hablando, para descubrir su interior.

Después repiten la operación los otros dos, uno tras otro, con idéntico «ritual». Como se ve, esto no tiene nada de difícil.



Para entrar en la Segunda Parte, empiezan por dar media vuelta a sus asientos para quedar los tres de cara entre sí, y empieza el diálogo (ya que en la primera parte han sido tres monólogos).

¿De qué hablarán? De lo que quieran; aunque lo normal es que hagan preguntas y comentarios referentes a los monólogos de la primera parte. Únicamente han de tener en cuenta una regla (que ésta sí que hay que observarla a todo trance) y es la de no interrumpirse JAMÁS unos a otros. Las preguntas, las respuestas, los comentarios... se harán SIEMPRE cuando haya terminado el que hablaba. Repito que ésta es la única regla que hay que observar en la Segunda Parte; todo lo demás es libre. Creo que no será corriente que se hable de fútbol o del tiempo, aunque puede darse el caso. Lo normal es que se comenten las perspectivas y nuevos horizontes que se abren ante cada uno con la nueva experiencia que se está empezando a vivir.

En cuanto a la duración de esta segunda parte no hay regla ni límite; lo que su «efusión» les dicte.



En resumen, han de lograrse dos objetivos:

*Primero:* Hablar como se piensa, y

*Segundo:* Callar y escuchar mientras el «otro» habla.

A primera vista parece que ha de ser más fácil el segundo objetivo que el primero, pero no es así

Al empezar a hablar, en la infancia, todos hablamos como pensamos. La educación, como todo, tiene su parte mejor y su parte peor. Y la parte peor de la educación infantil es su formalismo, ya que no se preocupa de que el niño piense bien, sino de que hable bien. Así, desde la infancia nos vamos acostumbrado a hablar para quedar bien, para que «nos consideren»... y no para expresarnos. Por esto son un alivio tan grande las confesiones, tanto la sacramental como el podernos desahogar con alguien que nos escuche y nos comprenda. Por esto es normal que los primeros momentos de las efusiones sean incómodos por falta de costumbre; como también es normal que se avance rápidamente hacia la espontaneidad, por obedecer a un impulso y a una necesidad íntima de nuestra propia naturaleza. Y por esto me parece que la espontaneidad en el hablar no es ninguna virtud como no lo es el andar sobre los pies.

Lo que sí cuesta, lo que sí es una virtud que se encamina a superar nuestra tendencia natural al egoísmo, es el callar y el escuchar.

Por todo lo dicho tengo el convencimiento de que la gran aportación del psicoanálisis al progreso de la humanidad, y lo que quedará del enorme «tinglado» que entre unos y otros están armando, será su aportación original al descubrir que el simple hecho de sentirse escuchado y comprendido es capaz de curar, o aliviar, perturbaciones psíquicas graves, como lo demuestra la práctica diaria de esta rama de la terapéutica.



Haciendo un paralelo entre el empezar a aprender a escuchar y el empezar a aprender las matemáticas, yo diría que los soliloquios de la primera parte de las efusiones tienen algún parecido con el sonsoneto con que se aprenden las «tablas» cantando (sie-te y o-cho quince) durante el tiempo indispensable hasta saber que siete y ocho suman quince sin cantar. Tan efímera como es la «música» en la ciencia matemática, así serán de efímeros los soliloquios en la técnica del escuchar. Y no porque al cesar los soliloquios deje de hablarse como se piensa, sino al revés: cesarán los soliloquios en cuanto se hable como se piensa entre los que dialogan para escucharse

VERDADERAMENTE unos a otros.

Creo, por lo tanto, que el esfuerzo principal de los que empiezan a practicar la efusión ha de centrarse en perfeccionar su silencio, mucho más que atender al soliloquio. Silencio por partida doble: silencio físico manteniendo la lengua quieta, y silencio mental haciendo callar lo mío para estar pendiente del «otro». Ahí está verdaderamente el «alma» de las efusiones

Más aún: cuanto menos el soliloquio haya sido pensado, tanto mejor. Abandonarse a lo que salga espontáneamente y nada más. Ahí las incoherencias no perjudican lo más mínimo.

Es evidente que esta espontaneidad puede venir estimulada o frenada en la segunda parte de la efusión. Voy a aclararlo con un ejemplo:

Durante el soliloquio Andrés habla de sus sueños y dice que en ellos él es siempre no solamente un personaje importante, sino el más importante de todos, y que incluso estando despierto su fantasía le lleva casi siempre a situaciones parecidas, etc. Si en el diálogo Juan hace referencia a lo que ha dicho Andrés y lo aprovecha para «moralizarle» diciéndole que esté alerta, porque ahí se ve la influencia del diablo que estimula la propia soberbia, etc. (todo lo cual, por otra parte, es muy cierto), la efusión fracasará, a causa de que Juan no escuchó verdaderamente a Andrés. y si asiste a otra efusión Andrés se cerrará en cuanto se dé cuenta de que lo que va a decir en el soliloquio le valdrá un sermoncito de Juan.

¿En qué ha fallado Juan? ¿No son acaso obras de misericordia muy recomendables el enseñar al ignorante y el corregir al que yerra? ¡Claro que sí! ¿Quién lo duda? Lo que pasa es que todo tiene su tiempo y su lugar, y la efusión no es ciertamente un tiempo y un lugar para que se «moralicen» mutuamente los que asisten a ella.

El comentario de Juan, en el diálogo, pudo ser por el estilo del siguiente:

- Comprendo muy bien lo que te ocurre en tus sueños y en tu fantasía porque a mí me pasa lo mismo, y creo que no escapa a ello ninguno de los que llevamos la huella del pecado de Adán. Yo quisiera encauzar y dar un sentido cristiano a esta tendencia natural a ocupar los primeros puestos, pero los resultados que obtengo son menos que mediocres. Quizá porque lucho solo. Ahora que nos conocemos mejor, podemos juntar nuestros esfuerzos, y seguramente los resultados serán más positivo

Así diciendo, en primer lugar hubiera estado Juan más dentro del espíritu cristiano, y en segundo lugar hubiera sido un paso hacia lo que los psicoanalistas denominan el transfert (transferencia), y que yo prefiero, para nuestro uso en las efusiones, llamar CO-SENTIR. Vaya dedicar unas líneas a este asunto importantísimo.



El médico psicoanalista busca ante todo llegar al «transfert». ¿Qué es esto? Intentaré resumirlo.

El enfermo psíquico está harto de sermones, de consejos, de tratamientos, de razones y de amenazas. Siente que todos le son hostiles porque nadie le comprende. En las primeras sesiones de psicoanálisis está temeroso y a la defensiva; a veces incluso está agresivo.

Todo el esfuerzo del método se centra primero en despertar la confianza y la franqueza del paciente, sabiendo que el mejor camino es que el enfermo se dé cuenta de que su angustia es compartida por el médico. Es aquí cuando entra en juego el escuchar VERDADERAMENTE. Por las frases del paciente, muchas veces sin ilación e incoherentes, el médico trata de reconstruir la trayectoria mental del enfermo hasta su estado actual tratando de situarse él mismo en el caso del otro para comprenderlo y explicarlo, si no puede justificarlo.

Cuando el enfermo percibe (más o menos confusamente) que su médico padece del mismo mal, aparece un cambio radical en su actitud. Ya no está a la defensiva, sino que aparece la confianza y el afecto, muchas veces desorbitado, ya que se trata de enfermos. En este desaparecer el recelo y aparecer la confianza consiste el «transfert». El enfermo queda aliviadísimo en cuanto se da cuenta de que su mal es comprendido y compartido (hasta cierto punto) por su médico. Empieza a descargarse de él (de su mal).

El médico puede hacer comedia en todo este juego; pero no es esto lo que se les recomienda, sino que se esfuercen por estar siempre dentro del máximo realismo.

Entre nosotros, en las efusiones, no se trata de enfermos y médicos, sino de personas que desean conocerse para poder amarse, y el momento principal es cuando se produce el co-sentimiento mutuo:

CO-SENTIR = SENTIR CON

¡Ah! Si los niños que llamamos consentidos fueran verdaderamente co-sentidos... ¡Qué diferentes serían las relaciones entre padres e hijos!

¿Y no es acaso esto lo que San Pablo quiere significar cuando recomienda a los «santos» que se hagan todo a todos para ganarlos a todos?



Una de las primeras dificultades que presenta este tratamiento para empezar a aprender a escuchar, es sin duda la de vencer la timidez que sentimos todos cuando nos encontramos en situaciones insólitas. En muchas ocasiones nos descargamos de la incómoda timidez tomando la cosa a broma, derivándolo a la chirigota. Este peligro hay que tenerlo presente y precaverse, ya que es muy real, particularmente en las primeras efusiones, hasta que aparece el co-sentimiento.

Para evitar esta posible (y probable) dificultad se podrá tomar la precaución siguiente:

En ocho o diez papelitos del tamaño de un papel de fumar se escriben diversos puntos de arranque por el estilo de éstos: *Mis mejores recuerdos de infancia, Mis peores recuerdos de infancia, Ocasiones en que otros me han hecho fracasar, En qué me parezco a mi padre, En qué me parezco a mi madre, Mi motivo de alegría más frecuente, Mi motivo de pesar más frecuente, Cosas que haría diferentes si empezara a vivir de nuevo, etc.* Se doblan cuidadosamente como si fueran números para un sorteo, teniendo cada uno los suyos al alcance de la mano al empezar la efusión. Si al ir a empezar su soliloquio se queda parado porque no se le ocurre nada, tome al azar uno de los papelitos y empiece a hablar de aquello. Estos papelitos no son para que desarrolle el tema (¡Dios nos libre!), sino para que empiece a hablar, y lo que diga le sugerirá otras cosas, y éstas otras, y así sucesivamente, hasta que pasado el tiempo convenido para cada soliloquio (sin rigorismo), haga punto final diciendo: no tengo más qué decir, o: he terminado, o lo que le parezca.

Creo que veinte minutos de soliloquio es excesivo, y diez minutos es un mínimo; por esto indiqué antes como deseable un promedio de quince minutos. Pero también creo que hay que evitar la incomodidad; si después de cinco minutos de soliloquio, por ejemplo, uno siente molestia en continuar, ponga punto final y no pasa nada.



Comprendo que el que lee estas NOTAS desee encontrar en ellas el máximo de precisiones y de detalles; pero yo espero que él también comprenda la imposibilidad en que me encuentro para poderlos dar.

Por una parte, mi experiencia es escasisima, y por ello he de limitarme a sugerir, en espera de que nuevas y repetidas experiencias confirmen o modifiquen lo que aquí sugiero. Ocurre, después, que mis circunstancias particulares no han sido las más a propósito para multiplicar estas experiencias, lo cual lo estimo como muy beneficioso por la razón de que mis ensayos siempre están «contaminados» por una multitud de apriorismos de los que no me puedo desprender. En cambio, las experiencias que

hagan los lectores de estas NOTAS tendrán la ventaja de ser más verdad, por ser más espontáneas.



Indiqué antes que existe un caso en el que es preferible que sean dos y no tres los asistentes a las efusiones. Es el caso de que los que tratan de aprender a escucharse sean esposos, o aspirantes a esposos.

Entre personas así no existe, ni remotamente, el peligro de que la corriente afectiva y la intimidad de corazón que se produce en las efusiones derive hacia lo fisiológico. Todo lo contrario; en tales casos estas derivaciones son necesarias y convenientes para estimularlas y purificarlas, todo a la vez

Estimo que dos personas casadas, o que van a casarse, si han leído estas NOTAS (a falta de otras mejores, que no dudo aparecerán) y han comprendido que a ambos les es indispensable aprender a escuchar al «otro» como elemento básico para su felicidad conyugal, han de sacar beneficios positivos si se deciden a practicar estas efusiones en forma metódica y en cantidad suficiente para que después su vida de casados sea una efusión permanente. Incluso puede ocurrir (y ya ha ocurrido) tratándose de novios, que después de algunas efusiones se han percatado netamente de que no estaban hechos el uno para el otro, y han desistido de sus proyectos, aunque su amistad haya aumentado notablemente.

Con estas salvedades, creo que, por lo demás, no hay por qué introducir en las dos partes de la *efusión* elementos nuevos diferentes de los que he indicado antes, en los casos en que sean novios o casados los que quieren empezar a aprender a escuchar.



Como ha podido observarse, en todo este capítulo he tratado casi exclusivamente del mecanismo (o la manera) de realizar las efusiones para empezar a aprender a escuchar.

Me parece que ello tiene su importancia, y he de confesar que es lo que más me ha preocupado durante mucho tiempo. Me alegra pensar que pueda constituir un punto de partida (algo así como el sonsonete con que se cantan las tablas), confiando en que otros lo vayan perfeccionando, o que descubran otras maneras más eficaces y positivas. El caso es percatarse de que aquí hay un problema muy importante, que no está resuelto.

Pero queda todavía por ver algo fundamental, que es lo que antes indiqué como *estado de ánimo* de los que asisten a las *efusiones*. Esto es lo que intentaré en el Capítulo siguiente

## SEGUNDA PARTE

### CAPITULO TERCERO

#### C O D I N

Quisiera precisar en este capítulo cuál ha de ser el centro de atención que ha de predominar en mi deseo de escuchar verdaderamente al «otro».

Claro está que cualquier aspecto del «otro» que yo pueda descubrir es interesante, y ninguno ha de ser desechado como despreciable, pero estoy seguro de que aquí hay una jerarquía de valores que he de tener en cuenta, so pena de confundir lo principal con lo accesorio.

Para poder explicar mejor mi pensamiento voy a hacer un ligero rodeo, por estimar que así llegaré antes a mi objetivo que atacándolo de frente.



Existe una palabra alemana, weltanschauung, que a pesar de su difícil pronunciación ha adquirido uso internacional para expresar con ella la concepción del universo, del hombre y de la vida, que cada uno se forma en su mente.

Pero temo que tal palabra y tal concepto solamente se pueden aplicar a los llamados intelectuales, que son los que (mejor o peor) tienen algún concepto del universo, del hombre y de la vida. Lo que pasa es que cuando los intelectuales piensan en el hombre piensan en ellos mismos, y por este hecho ocurre que sus generalizaciones no suelen pasar de particularizaciones muy limitadas frente a la multitud inmensa de los que no somos intelectuales.

Por esto creo que perderé el tiempo si me esfuerzo y me aplico a descubrir *weltanschauung* del «otro» (y el «otro» el mío) por la sencilla razón de no somos intelectuales y carecemos de *weltanschauung*.

Me parece que es mejor fijarse en otro aspecto, que por ser vital, y no solamente intelectual, está presente en todo ser humano, cualquiera que sea su situación en la

sociedad.

Para evitar circunloquios, usaré el neologismo CODIN para expresar el conjunto que cada uno adopta para gobernar su vida, o CÓdigo INterno, y la palabra CÓDEX para el conjunto de leyes de toda clase que desde el exterior quieren gobernar la vida del hombre, o CÓDigo EXterno.

Trataré de explicar esto un poco, aunque creo que es extremadamente sencillo, empezando por el CODEX, o código externo.

El CODEX presupone en general la existencia de una autoridad, que puede ser personal (padre, maestro, capataz, cabo de vara...) o colectiva, representada por el reglamento de las agrupaciones en las que uno está integrado, desde las leyes del Estado hasta el reglamento de la Asociación de Pescadores con Caña, si uno pertenece a ella. También puede ser difuso e implícito, como ocurre con los usos y costumbres que se adoptan por todos, sin que exista ninguna ley que los precise ni ningún agente encargado de hacerlos cumplir. También puede tratarse de un CODEX trascendente, en el caso de que se pertenezca a un credo religioso definido, y está representado por sus prescripciones morales. Todo esto, y otras cosas más, se suelen designar como presiones externas, que empujan al hombre a moverse en una determinada dirección.

Por lo que se refiere al CODIN diré, para empezar, que es una sedimentación de «evidencias» que se produce a lo largo de la vida. Voy a dedicar un poco de atención a esto.

¿A qué llamamos «evidencia»? A algo que nuestra experiencia captó de manera tan clara y tan diáfana que no necesita razonamientos ni demostraciones para darle nuestra adhesión decidida y absoluta. Algunos ejemplos: es evidente que el fuego calienta y que el agua bebida apaga la sed. Es evidente que el placer es agradable y el dolor es desagradable.

Éstas que acabo de indicar son, en cierto modo, evidencias universales, sobre las que cuesta poco ponerse de acuerdo. Las que juzgo más interesantes (para lo que estoy tratando) son las evidencias particulares, que se van formando poco a poco en cada ser humano desde el momento de nacer, a base de vivir. Vivir cada uno su propia vida. Para un bebé de familia acomodada aparece como evidente que basta con llorar para que le atiendan, mientras que para la criaturita que queda sola en su chabola mientras los padres están en el trabajo, esta evidencia no existe; lo que empieza a ser evidente para ella es que hay que aguantarse. Las evidencias de una jovencita nacida y criada en un burdel serán muy diferentes de las evidencias de otra muchacha de una familia honesta.

Estas evidencias que acabo de señalar son accidentales, pero hay otras que podemos llamar básicas y se hallan en la raíz misma de la vida humana. Hay evidencias que



proceden del instinto de conservación, con sus derivaciones y desviaciones, tales como tener por repugnantes ciertas comidas que otros consideran muy apetitosas, evidencias personales en el vestir, dormir, alojarse... Después vienen las evidencias sexuales, también con sus derivaciones y desviaciones. Asimismo el afán de dominio provoca una serie de evidencias que no hay por qué detallar aquí. Ciertamente también que existen evidencias que impulsan a la virtud, y otras (después del pecado de Adán) que empujan al pecado, pero ahora no pretendo entrar en el aspecto moral de todo esto.

La raíz de todas estas evidencias es común para todos los humanos con un mínimo de normalidad, y se designa con la sonora expresión de concupiscencias, siendo la primera la de los ojos, que nos presenta como evidente la gran satisfacción de poseer; sigue la concupiscencia de la carne, con la evidencia que proporciona el goce de los sentidos; y finalmente la soberbia de la vida con las satisfacciones evidentes que se derivan del dominar y el destacar sobre los demás, sea en lo que sea.

Pero si todos llevamos las mismas raíces, todos también acusamos derivaciones y desviaciones particulares; lo que hace que el CODIN de cada uno sea original, y diferente del de todos los demás, tanto en lo bueno como en lo malo.

Dije que el CODIN era una sedimentación de evidencias, y creo que ahora esto ya aparece más claro.

Conviene destacar aquí la diferencia que existe entre el CODIN y la cultura de un hombre. La cultura (que suele referirse a los conocimientos técnico-filosóficos del hombre) siempre cuenta con la posibilidad de una técnica mejor o de razonamientos más completos y perfectos; es algo que siempre está a precario. En cambio, el CODIN es algo seguro, estable y definitivo. Se va elaborando insensiblemente a base de vivencias, de una manera espontánea; las evidencias no hay que razonarlas ni es menester que nadie nos las explique, aparecen por sí solas y se les da una adhesión total, precisamente por ser evidentes. Lo único que puede hacerme abandonar algo que tengo por evidente es otra evidencia mayor o mejor que la otra, si es que puede hablarse de «grados» en las evidencias, que yo creo que sí. Esto vale para cualquier clase de personas, incluso para los «intelectuales».



He hablado hace un momento de derivaciones y de desviaciones, y creo que juegan un papel importante en el CODIN de cada uno.

Si el CODIN se elaborara metódicamente, no dejando que entraran en él más que elementos controlados y comprobados, habría bastantes garantías de que fuese un CODIN correcto. Pero precisamente y por estar el CODIN en la zona de lo inconsciente, esto no se da casi nunca (por no decir nunca). Las evidencias, por su

misma evidencia, escapan a todo razonamiento. No se pueden razonar. O, si se quiere, todo razonamiento es superfluo. Y como la zona de la consciencia es la zona de la razón...

Pero hay evidencias y evidencias. Quiero decir que aún en este reducido CODIN individual, no todo lo que se toma como evidencia lo es. Por ejemplo: para casi todos los proletarios es evidente que la religión católica es cosa de ricos; como es evidente para casi todos los ricos devotos el que ellos son el centro de interés de los religiosos y sacerdotes. Las pseudoevidencias son, por desgracia, excesivas.

Lo malo es que en el CODIN de cada uno mandan con la misma fuerza las que podemos llamar evidencias-evidencias que las pseudo-evidencias; y esto no se puede perder nunca de vista. Como tampoco se debe perder nunca de vista lo que indiqué anteriormente, o sea: que casi nunca se renunciará a algo que se tiene por evidente a base de explicaciones y de razonamientos, sino a base de enfrentarlo con otra evidencia más evidente, o evidentemente mejor.

Ya indiqué que hay evidencias que uno se las encuentra en sí mismo, como son el sexo, la salud, la talla, las aficiones, las apetencias y repugnancias, etc., y otras que vienen de fuera y que en general hallan su expresión en un gran número de refranes que casi todo el mundo toma por evidentes: A quien se hace de miel las moscas se lo comen; A barriga llena, corazón contento;... ¿Para qué alargar la lista?



Se dice que la vida es la gran maestra. Pero no todos los maestros (y maestras) son buenos maestros. Lo que la vida nos va enseñando y sedimentando son nuestras evidencias (nuestro CODIN).

Hasta aquí he tratado de esbozar lo que es el CODIN y cómo se forma. Voy ahora a tratar de descubrir cómo actúa.

Para ello, primero me fijaré en los movimientos y desplazamientos de la mente y de la imaginación mientras uno está solo consigo mismo, y me explicaré basándome en mi propia experiencia, por carecer de información ajena.

He de empezar por afirmar mi convicción de que funciona exclusivamente a base de mi CODIN; lo mismo que supongo pasa durante mi sueño. He comprobado que en mi vida atropellada me desenvuelvo poco menos que maquinalmente a base de mis reacciones-CODIN, «suponiendo» que todo ello es perfectamente consciente, cuando la realidad es que la razón, el juicio, la consciencia están casi siempre ausentes.

Me doy cuenta de lo precario que es mi razonar cuando estoy solo. Antes creía todo lo contrario, pero ahora me doy cuenta de que no razono para descubrir la verdad

sino para confirmar la verdad de mi CODIN. Todos mis pseudo-razonamientos no tienen otra finalidad que confirmarme en mi fe. Con todos los sofismas que hagan falta; soy muy condescendiente conmigo mismo, y muy poco exigente. ¿Y cómo iba a ser de otra manera, si mis evidencias (mi CODIN) son la evidencia misma?

Y voy a fijarme ahora en mi hablar. Lo primero que observo es que mi CODIN es tan claro, tan preciso, tan evidente (pues está construido con evidencias) que me asombra que los «otros» puedan pensar y ver las cosas de otra manera. No me queda más que una conclusión posible: ¡Están equivocados! El mejor servicio que puedo hacerles es tratar de que salgan de su error. (Repito aquí lo que indiqué al principio de estas *notas*, de que no creo que mi caso sea insólito, sino el caso general; si no es así ya me sacarán de mi equivocación los que lean estas páginas y me hagan el favor de comunicarme que su caso no es el mío.)

Mi hablar, pues, se consume en razonar mis evidencias. Y llega la hora en que me doy cuenta de mi ineficacia..., ya que el que está hablando conmigo hace lo mismo que yo, y de la misma manera: sus razones quieren convencerme de sus evidencias contra las mías. El y yo estamos, pues, en la misma situación. No es que practiquemos exactamente un diálogo de sordos, pero se le parece mucho. Y si alguna vez la dialéctica del uno domina sobre la del otro, el resultado no es casi nunca que el vencido renuncie a su CODIN (sus evidencias), sino que se aplicará con mayor ímpetu a «pensar» razonamientos más contundentes con qué defenderlas y apoyarlas. El hecho es que una evidencia no cede nunca sino ante otra evidencia mayor o mejor. Esto me ha hecho percatarme de que el amor desinteresado, al evidenciarse, lleva siempre las de ganar, por ser lo evidentemente mejor frente a cualquier otra evidencia personal. Y he caído en la cuenta de lo formidable que es la única apologética que nos impuso el Señor: Amaos los unos a los otros para que el mundo crea que Yo soy el Enviado. Porque donde no hay amor, las razones no provocan más que contra-razones. Pero si donde no hay amor se pone amor...

Esto, creo yo, no tiene nada que ver con la cultura ni con la situación social de los que dialogan. Tengo la convicción firme de que es un fenómeno universal entre adultos que andan por su cuenta en la vida.

En cuanto a mi actuar habré de distinguir entre mi actuar individual y mi actuar con «otros». En el primer caso, actúo casi como pienso cuando estoy solo; mientras que en el segundo caso mi actuación es análoga a mi manera de dialogar; excepto cuando aparece un nuevo factor en la persona del «jefe» que impone a los demás su decisión (su CODIN). Cuando no existe un jefe definido y pretendemos realizar una obra en común..., todos sabemos lo que pasa. En las cooperativas y fuera de ellas. Y no podría ser de otra manera, si todos queremos imponer nuestro propio CODIN, que es la evidencia misma...



Una breve digresión:

Acabo de insinuar la influencia del CODIN en el comportamiento del propio individuo, y en las relaciones de los individuos entre sí. Voy a fijarme, levemente y de manera muy somera, en la influencia del CODIN individual en su relación social. O sea: el CODIN frente al CODEX.

Todo CODEX está construido sobre una serie de premisas (evidencias) que se «suponen» aceptadas por todos, o que al menos todos han de respetar. Los dos casos extremos serán:

1.º El de derechas, cuyo CODIN está identificado (o muy próximo) con el CODEX. Todo triunfo o imposición del CODEX se considera como un triunfo o una extensión del propio CODIN. Y lo mismo las derrotas.

2.º El de izquierdas, cuyo CODIN es opuesto, o muy diferente, del CODEX. Este ingresará en las filas de la oposición en lo político. O será clasificado como a-social. Ténganse en cuenta las múltiples manifestaciones del CODEX, como se indicaba al principio de este capítulo.

Entre estas dos posiciones extremas caben todas las intermedias. Cuando un CODEX se enfrenta con otro CODEX la cosa ya es mucho más grave, y para demostrarlo (como caso extremo) ahí está la actual pugna entre Oriente y Occidente. Pero esto no nos interesa para el tema que nos ocupa.



Volvamos a lo nuestro. ¿Qué tiene que ver todo esto del CODIN y del CODEX con el empezar a aprender a escuchar?

Como indicaba al empezar este capítulo, creo que el CODIN ha de constituir el centro de interés en las efusiones descritas en el capítulo anterior. Tanto el *CODIN* propio como el ajeno.

Precisamente porque el CODIN radica de manera muy principal en la zona de la inconsciencia, es del mayor interés el hacerlo pasar a la de la consciencia. Tengo la impresión (basada únicamente en mi experiencia personal) de que este esfuerzo es agotador e inútil cuando uno lo emprende individualmente y por su cuenta. Pero estoy seguro de que centrada la efusión sobre este objetivo, los resultados son sorprendentes en todos los aspectos.

Téngase en cuenta que en los tratamientos psicoanalíticos el esfuerzo principal del médico se encamina a que lo inconsciente del enfermo llegue a aflorar en la zona de la consciencia; y cuando esto se consigue, puede decirse que el gran paso ya ha sido

dato. En el caso de un enfermo la cosa se complica porque éste no suele colaborar con los designios del médico; sino que mediante los artificios de éste, y muchas veces a pesar del paciente, hay que llegar a este resultado.

En nuestra efusión el panorama es muy diferente, como he indicado repetidamente. Cada uno toma (en cierta manera) la actitud auscultadora del médico respecto de los otros dos, tratando por todos los medios (a base de estima, de comprensión y de simpatía) de ayudarles a que su CODIN pase de la inconsciencia a la consciencia, con la plena confianza de que los otros dos están haciendo lo mismo con él.



Ordinariamente juzgo las palabras y los hechos de los «otros» refiriéndolos a mi propio CODIN, y esto no de una manera razonada, sino automática e inconscientemente. Y de aquí procede mi calificación como buenos o malos, como justos o injustos, como inteligentes o necios, etc.

Por poco que me detenga a considerar estos hechos tan corrientes en mi vivir ordinario, descubriré que esto no es correcto. Descubriré que el mecanismo de los demás no es diferente del mío; en lo que diferimos es en la estructura del propio CODIN.

Todos somos consecuentes con nuestro CODIN, que determina constantemente nuestras palabras y nuestras obras (no sometidas a presiones externas). Me parece que existen algunas semejanzas muy notables entre el CODIN de cada hombre y el instinto de cada especie animal, en el sentido de determinar en cada momento el «comportamiento», y aquí podrían extraerse jugosas consideraciones sobre la libertad, si ello no me apartara del objetivo principal de estas NOTAS. La diferencia principal que veo entre el instinto animal y el CODIN individual estriba en que, mientras el instinto es invariable (o casi) para cada especie, el CODIN es diferente en cada ser humano, variando además en cada individuo al correr de su existencia, cuando aparecen nuevas evidencias que suplantán, o modifican, las evidencias anteriores. Ejemplo de esto pueden ser: una «conversión», o el quedarse huérfano, o el pasar del celibato al matrimonio... Precisamente, los momentos cruciales de la vida se presentan cuando por diversas circunstancias se derrumban algunas de las evidencias en que nos apoyábamos, y todavía no tenemos adquiridas otras que las sustituyan. Un cambio de residencia, una enfermedad, un cambio de régimen político, un revés de fortuna o una herencia copiosa... pueden ser ejemplos que hacen evidente lo que acabo de indicar.

Repito que aquí se hallan en germen varios temas muy interesantes, pero lo que me interesa destacar es:

- 1.º Cada ser humano «está en lo cierto» bajo su punto de vista (su CODIN).

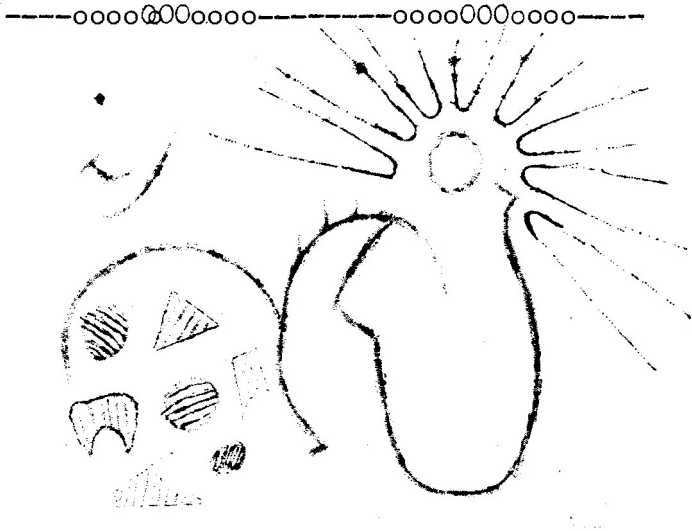
2.º Todos nos movemos en una línea subjetiva de «moralidad correcta» según el propio CODIN, que sigue o rechaza las normas objetivas.

3.º Los fallos humanos no hay que situarlos en los pensamientos, las palabras, o las obras, sino en el CODIN.

Por consiguiente, será inútil e inoperante el querer convencer a alguien de que está equivocado, de que es injusto, o inmoral, mientras estén intactas sus evidencias (su CODIN).

Un ejemplo patente y constante de todo esto nos lo proporcionan las relaciones entre patronos y obreros. No hay duda de que sus CODIN respectivos son radicalmente diferentes, y lo que aparece patente y clarísimo para los unos es casi inconcebible para los otros. Ahí están sus «relaciones» y sus conflictos de todos los lugares y tiempos para confirmar lo que vengo diciendo. Todos están cargados de razón y de razones, y no hay manera de entenderse. Y es que no es un asunto de razones, sino de evidencias.

Tengo para mí que se ha desorbitado el razonar. Se le ha dado un valor superior al que tiene. Lo más importante no son los razonamientos, sino las evidencias. No digo que el razonar no sea importante; si lo es, pero menos. Sin querer polemizar sobre esto, diré que para mantener esta actitud me basta con observar el libro de mi propia vida y el libro de la Vida (con mayúscula) que es el Nuevo Testamento, para percatarme de que, en ninguno de los dos, los razonamientos ocupan el lugar principal, ni mucho menos.



La actitud mutua de los que practican las efusiones para empezar a aprender a escuchar, ha de ser de estima, de simpatía y de comprensión.

La estima presupone la benevolencia mutua o la amistad, o bien las origina.

La simpatía derivada de estar seguro de que los «otros» son personas rectas, leales y consecuentes con su propio CODIN.

La comprensión por el hecho de darme cuenta de que yo me hallo en su mismo caso; ni encima ni debajo, sino al mismo nivel.

Esta triple actitud me hará desprender del llamado «complejo de superioridad» y del de «inferioridad», simultáneamente. Ambos son nefastos para una efusión correcta.

Mirando mi propia historia me daré cuenta de que, si en ella ha habido progresos, éstos se han producido cada vez que ciertas pseudoevidencias han sido sustituidas o dilatadas, mediante la adquisición de nuevas y más fuertes evidencias. ¿Por qué no habré de interesarme, ante todo, por descubrir las evidencias de los otros dos?



Termino este capítulo haciendo una especie de resumen referente a la efusión:

En la primera parte (soliloquio) conviene eliminar toda afectación, todo apriorismo, toda premeditación. Hablar como pensamos cuando estamos solos, a sabiendas de que esto no se consigue con sólo proponérselo, sino que irá mejorando en cada nueva efusión. Esto, por parte del que habla; los otros dos, silencio absoluto. No quiero extenderme en explicaciones, sino que pido únicamente que se hagan algunas pruebas, con un mínimo de corrección. Entonces se descubrirá que esta primera parte de la efusión no solamente no es incómoda, forzada o molesta, sino que constituye un auténtico des-ahogo.

En la segunda parte (diálogo) centre cada uno su atención, sin que esto llegue a suprimir la espontaneidad, en percatarse de cuáles son las evidencias del «otro»; y en sus respuestas esfuércese en descubrir, con plena consciencia, cuáles son sus propias evidencias. Un diálogo sobre evidencias es infinitamente más fecundo que un diálogo sobre razones, con la ventaja de que conduce a los interlocutores a escucharse, a conocerse y a amarse.

Que es, ni más ni menos, lo que con estas NOTAS estoy pretendiendo.

## TERCERA PARTE

### CAPÍTULO ÚNICO

#### LA VIRTUD DE ESCUCHAR

Creo, con todo fundamento, que este Capítulo no merecerá la aprobación de los «especialistas» en esta clase de estudios. Pero pido se tenga en cuenta que, al escribirlo, no ha sido mi propósito presentarlo para su examen buscando una «nota» favorable, como buen alumno que ha estudiado bien los textos al uso. Mi propósito es mucho más sencillo y desinteresado: quiero únicamente exponer mi pensamiento, a sabiendas de que es muy limitado y defectuoso, pero con la esperanza de que otros puedan añadir lo que falta y rectificar lo que sea inexacto.



Lo primero con que tropiezo es con la dificultad de clasificar esta virtud. Pero... ¿es realmente una virtud? Porque lo cierto es que nunca se presenta como tal.

Desde luego, si se parte de los criterios de Cicerón y de los filósofos griegos (que es lo que se suele hacer) creo que es bastante difícil poder presentar el escuchar natural como una virtud... «natural». No se pasará de una atención deferente, o respetuosa, hacia el que habla. Y poca cosa más. Pero me figuro que casi todos nos contentaríamos con esto.

En realidad, para el cristiano no existe más que una sola virtud, que es el Amor Trinitario (1). Todo cuanto se designa como virtud lo es en la medida de la carga de Amor Trinitario que lleva consigo. Ni más, ni menos.

Este Amor Trinitario es exclusivo del Dios Trino y Uno, y es absolutamente inasequible al hombre; por esto no pudo ser revelado ni mandado en el Antiguo Testamento. Fue indispensable que el Verbo se hiciera Hombre para que nos redimiera primero y nos elevara después al orden trinitario haciéndonos partícipes de su naturaleza mediante la Gracia bautismal



Pero esta elevación no es una violencia hecha al hombre, sino que está condicionada a que el hombre la acepte y la viva. Aquí está toda la grandeza y toda la miseria del hombre, fundamentadas ambas en el uso de su libertad.

-----

(1) Me abstengo de emplear la hermosísima palabra *caridad* por la trágica confusión que todos padecemos al hacerla sinónima de *limosna*. Por este camino, y teniendo en cuenta que San Juan afirma que Dios es Caridad, podemos escribir, matemáticamente:

Dios = Caridad = Limosna = 1 peseta.

¿Se quiere algo más abominable? (*nota del autor*).

-----

¿Cómo puede vivirse el Amor Sobrenatural entre los cristianos? Amando a Jesús en el «otro». Y no amándole como a mí mismo, ni como a mí me guste, sino como Cristo nos amó, y nos ama. Este Amor no consiste *principalmente* en practicar las Obras de Misericordia con el «otro», ni en prodigarle servicios y atenciones, ni sacrificándose, ni dando incluso la vida por él (pues todas estas cosas también las hacen los paganos), sino que consiste principalmente en amarle de corazón. Claro está que este amor de corazón llevará consigo ordinariamente estas manifestaciones de amor que acabo de describir, pero es fácil también que tales manifestaciones se den sin que por ello exista el amor de corazón. Se pueden practicar tales manifestaciones, servicios y sacrificios con miras a salvar la propia alma, para tener más gloria..., con lo cual no se ha salido todavía de cierto egoísmo, ni se ha entrado en el gratuito Amor Trinitario.

El Amor Trinitario (y no he de extenderme en esto, pues es sabido de todo bautizado consciente) se construye a base de dos términos:

1.º YO, que he de negarme a mí mismo para amar, no a mi manera, sino como Cristo ama en la Trinidad y en la Iglesia

2.º El OTRO, que para mí es Cristo, y no solamente Cristo miserable y sufriente, sino Cristo vivo, en sus diferentes aspectos. Ya insistiré en esto

O sea: que yo debo ser Cristo, y el «otro» lo es. Junto con esto está una realidad que no puedo perder nunca de vista, y es que en mi marcha hacia Cristo yo no seré nunca plenamente Cristo, por millones de años que viviera avanzando siempre por este camino, ya que mientras vivo no puedo nunca estar muerto del todo a mí mismo; así como el «otro» es Cristo, pero no personalmente sino encarnado (por decirlo así) en una criatura humana, que conserva su personalidad, que aparece ante mis ojos como lo único perceptible, como pasa con el pan y el vino en el Sacramento del altar.

Aquí debe entrar en juego el acto de fe, o fe en acto. El «otro» sigue siendo el

«otro» (como la apariencia del pan y el vino), pero es Cristo. Aunque el aprehender esta verdad es puro don y gracia de Dios, por ser sobrenatural.

Esto es lo que diferencia (o debe diferenciar) al hombre cristiano del hombre mundano. En lo exterior y en lo interior.



Al hallarme en presencia del otro, mi YO tiene que cederle el primer lugar en mi corazón, so pena de proferir silenciosamente una blasfemia práctica. Este es el punto de arranque de la humildad cristiana. El buscar el último lugar aparece como una exigencia de la propia fe.

Pueden darse tres casos diferentes:

- 1.º Los que ignoran todo esto (paganos o bautizados, es igual) y viven, necesariamente a lo natural; es decir, manteniendo su propio YO en el centro de la creación.
- 2.º Los que han aprendido estas cosas, y pueden incluso exponerlas y razonarlas, pero su propio YO continúa sin apearse del centro del universo, como es el caso lastimoso de quien escribe estas líneas.
- 3.º Los que lo saben y lo viven. ¡Dichosos ellos!

Por consiguiente, vivir la humildad exige, como punto de partida, el escuchar al otro; pero no el escucharle de cualquier manera, sino escucharle verdaderamente, tal como se ha ido exponiendo a lo largo de estas NOTAS. Si alguien sabe escuchar verdaderamente al «otro», ya, está dentro de la humildad. En caso contrario, si uno se escucha exclusivamente a sí mismo, ¿cómo podrá estar en la humildad?

Por todo esto no me suena a exagerado considerar el escuchar como la virtud introductora a la gran virtud cristiana de la humildad. Y casi, casi me parece que iría mejor el asignarle el papel de virtud concomitante, ya que dudo que pueda ir la una sin la otra.

De todos es sabido el papel básico de la humildad en el cristianismo, y en ella se insiste sin cesar, desde las páginas del Nuevo Testamento hasta los tratadistas más autorizados de todos los tiempos. ¿No obliga esto a apreciar y a considerar a fondo la virtud de escuchar?



Demos un vistazo rápido al amor cristiano y empiezo por formular dos preguntas:  
Primera: ¿Puede amarse lo que se desconoce?, y  
segunda: ¿Se puede amar bien lo que se conoce mal?

San Agustín (ya lo dije antes) pone de manifiesto que el Amor y el Conocimiento son inseparables, de tal manera que un incremento del uno acarrea necesariamente un incremento del otro. Creo, además de que lo diga San Agustín, que esto entra dentro de las evidencias que todos tenemos (más o menos). Y con esto queda contestada la pregunta primera.

En cuanto a la segunda, hay que empezar por estar seguros de que el Amor perfecto no se da, ni puede darse, más que en el seno de la Trinidad Beatísima. Nada humano es perfecto, pero todo es perfectible. Por esto el cristiano nunca puede estar satisfecho de su situación actual. Nunca puede decirse a sí mismo: Descansa, alma mía... Recuerdo unas palabras del cardenal Newman que me impresionaron mucho: La «buena conciencia» es la obra maestra del diablo.

¿De qué conocimiento se trata (para amar bien) en nuestro caso? La respuesta es categórica: Del conocimiento de N. S. Jesucristo, y por El conocer al Padre y al Espíritu del Amor.

Pero, ¿me es posible conocer a *Jesucristo vivo* si ya hace veinte siglos que no está entre nosotros? Sí, categóricamente.

Para que podamos conocerle más y mejor, el Señor está constantemente presente entre nosotros de tres maneras:

1ª En la Eucaristía, en la que revivimos el misterio bautismal. Pero no podemos olvidar que la Comunión se nos da para la comunión; yo y el «otro» nos hacemos UNO con Cristo, por consiguiente, yo y el «otro» nos hacemos uno.

2ª Por la Gracia en sus múltiples manifestaciones, todas ellas como continuación (o preparación) del misterio bautismal. La Gracia hace posible lo imposible: hace que la Vida Trinitaria sea mi propia vida.

3ª En los «otros». Cristo está en los «otros». Para com-padecerle en sus aflicciones y para com-partir sus alegrías honestas. Aún hay más: está en los «otros» para recibir mi amor y mi desamor. Pero esto no es todo: está en los «otros» para que, a través de ellos, me llegue Su Amor y Su Enseñanza. Este último aspecto creo que es el que merece mayor atención, quizá por ser el más descuidado.



El atender y socorrer a los «otros» en sus necesidades materiales y morales no va demasiado contra nuestra naturaleza egoísta, y se practica no sólo por los creyentes,

sino también por toda clase de incrédulos. En el fondo, siempre que ayudo, enseño o socorro al «otro», doy satisfacción a mi «complejo de superioridad». Quiero decir que si por una parte he vencido a mi egoísmo pequeño al desprenderme de dinero o empleando tiempo o aceptando incomodidades, éste ha sido el precio que he pagado para fomentar mi gran egoísmo, pensando de mí que no soy como los demás, que cumplo estupendamente, que «estoy dando ejemplo», etc. En suma: lo que en términos evangélicos se designa como La oración del fariseo. ¿Significa esto, acaso, que no hay que practicar tales «buenas obras»? ¡Dios me libre de insinuarlo siquiera! Lo que quiere significar y poner de manifiesto es el peligro de que tales buenas obras se tergiversen al endiosarnos, y que en el último día, en vez de valernos el ser designados como Benditos del Padre, se nos fulmine con un ¡No os conozco! Esta peste que se llama paternalismo es el gran peligro que acecha a estas buenas obras si no se cuida exquisitamente el purificar la intención

Insisto quizá demasiado sobre esto a causa de mi propia experiencia, ya que observo que esta regla de ver a Cristo en el «otro» no encuentra en mí demasiada resistencia «natural» cuando puedo sacar de ello alguna complacencia de mi superioridad respecto al «otro». Me encuentro con un panorama interno completamente distinto cuando se trata de recibir a Cristo y de Cristo en el «otro». Siento una tendencia casi irresistible a considerarme con derecho a cualquier beneficio que reciba de cualquier «otro», si no es que me quejo de que todavía hacen poco. Nunca, o rarísimamente, me siento mendigo que recibe un puro don de Dios a través del «otro». Esto es lo que considero más grave. Y catastrófico, por añadidura.

¡ Y pensar que la Fe me dice que TODO lo que recibo del «otro» es puro don de Dios, si quiero aceptarlo como tal! No sólo los beneficios, halagos y servicios, sino también las incomodidades, desprecios y perjuicios que pueda recibir de ellos, pues siempre son personal testimonio de Cristo y mensaje de Cristo para mí. ¡Qué lejos estoy de actualizar esto!



El hecho es que el Señor ha dispuesto su Obra Redentora de tal manera que no sólo los frutos de la Redención, sino Él mismo quiere llegar a los hombres a través de otros hombres. Así como en el orden natural lo que se contagia son las enfermedades, en el orden sobrenatural lo que se contagia es la «salud», pues todos estamos podridos (al revés de lo del cuento de la cesta de manzanas). La Redención es una Salud Sobrenatural que se contagia de hombre a hombre entre los enfermos de Naturaleza Caída, que somos todos.

El papel de llevar la salvación a los Demás como militante, como propagandista, como apóstol que da ejemplo... ya me gusta y me satisface. Pero de mi papel de enfermo que ha de recibir constantemente «salud» de los demás (de cualquier «otro»),

puedo decir que prácticamente no me acuerdo nunca, excepto en la confesión sacramental .

Cuando me fijo en estas cosas, lo cual es poco frecuente, ya me doy cuenta de que ando muy mal, y me propongo mejorarlo, y le pido al Señor que me enmiende, pero..., los resultados no son brillantes, sino todo lo contrario.

Esta es mi situación. Si el que lee estas líneas se encuentra sin estas lacras, ¡dichoso él! Le pido únicamente que no considere como válidas para él las líneas que siguen. Las he escrito pensando en mí, y en que quizá pudieran ser de utilidad para quienes se encuentren en mi triste situación.



En la Trinidad Beatísima, la persona del Padre engendra eternamente al Hijo, dándose todo y sin reservas a ÉL. El Hijo, en cambio, no tiene más que lo que recibe del Padre. La plenitud total frente a la indigencia total, que vinculadas por un Amor y un Conocimiento infinitos... se igualan el uno al otro; en ambos reside igualmente la plenitud divina. Éste es el punto de arranque del grandioso y sublime misterio trinitario, al que estamos destinados a participar (si queremos) de manera precaria en esta vida, y de manera esplendorosa en la otra

La Providencia es la nota característica del Padre, y la Humildad la del Verbo encarnado. A mí me gustaría mucho ser «reflejo» del Padre, siendo providencia para los «otros», dándoles lo que necesiten en bienes de todas clases. ¡Qué feliz sería si lo sobrenatural me confirmara en mi posición de centro del universo a la que me empuja mi naturaleza caída!

Pero resulta que mi acceso a la vida trinitaria no puedo hacerla directamente al Padre, sino a través del Hijo..., que es quien se hizo hombre, como yo. Y el Verbo encarnado me repite machaconamente que mi camino, como el Suyo (yo soy el Camino), es el de la humildad (aprended de Mí...)

Y cuando ocupe un puesto destacado entre mis hermanos, ¿no deberé ser providente, como el Padre? Sí; pero a la manera del Hijo: poniéndome previamente a los pies de ellos.

Esto es demasiado claro.



Es evidente que en mi «mecanismo sobrenatural» falta una pieza decisiva, que es la virtud de escuchar y también me doy cuenta de que no se trata de una pieza secundaria, o de adorno, sino que es una pieza maestra. Quizá podríamos decir que es la pieza de puesta en marcha.

Bien sé que TODO lo sobrenatural es Obra del Señor, de tal manera que en este

orden yo no puedo ni pronunciar válidamente el nombre de Jesús. Pero también sé que mi voluntad es decisiva, con todo y con ser tan poca cosa; casi nada, casi el cero absoluto... Pero siendo tan poca cosa, puedo... rechazar el don de Dios. Esto es tremendo.

El Señor me dice: Si quieres ser de los míos, niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme.

Negarme a mí mismo es, pues, el punto de arranque. Pero no se trata de una operación negativa, sin más, sino de una disposición previa para afirmarle a El.

Usando de los términos que vengo empleando en estas NOTAS, podríamos expresarlo así:

-Mi primer gesto, para ser cristiano, es abandonar radicalmente (no sólo de palabra, sino EN VERDAD) mi puesto de centro del universo, para colocar en él al único que puede y debe ocuparlo: al Señor Jesús.

Esto es fácil de decir, pero no de hacer. ¡Claro que no! Como que toda la ascética cristiana no tiene otro objetivo primario más que éste...



Ahora pregunto:

- ¿Es posible, en verdad, dejar el puesto hipotético y usurpado de centro del universo, mientras en mi trato con los hombres todo el centro de mi interés esté en mí mismo, y no en el «otro»?

Ahora me doy cuenta de que mi humildad es pura fantasía, y que a lo más que he podido llegar es a un formulismo indecente y farisaico.

Ahora me doy cuenta de que mi amor a los hermanos es pura palabrería, que no puede ir más allá de ciertas exterioridades convencionales, vacías de sentido íntimo y profundo. Porque, ¿cómo podré amarles, si no les conozco? Ya que no podré nunca conocerles si no pongo en ellos el centro de mi atención, en vez de ponerlo en mí mismo, como he hecho siempre.

Ahora me doy cuenta de que TODA mi edificación sobrenatural la he querido construir sobre la arena seca y árida de mi egocentrismo. Mi único afán ha sido el de ir al cielo YO, el perfeccionarme YO, el cuidarme de lo MIO, el juzgar según MIS criterios... He fallado y estoy fallando en la primera condición que me impone el Señor: Niégate a ti mismo. y este fallo arrastra consigo a la segunda condición: TOMA tu cruz. No solamente no tomo las cruces como don de Dios, sino que gasto una gran cantidad de esfuerzos y de energías vitales en apartarlas y evitarlas..., de la manera más cómoda, que es evitando el contacto con los hombres que no me son simpáticos, que no me son agradables, que no son de los míos. Y nada digo de la tercera condición:

Sígueme. Cuando me engaño a mí mismo diciéndome que en «esto» sigo a Jesús en realidad sigo lo que a mí me gusta de Jesús; lo «otro» siempre encuentra en mí justificaciones abundantes para excusarme y quedarme tan tranquilo.

El panorama es catastrófico. Si no fuera por la confianza en la infinita Misericordia del Señor...



Ante mí aparece como evidente la verdad siguiente: Si yo practicara habitualmente la virtud de escuchar, todo este panorama trágico cambiaría radicalmente.

Voy a fijarme en algunos aspectos fundamentales, empezando por la enmienda de mis faltas y de mis pecados.

Actualmente mi ascesis se basa en dos aspectos:

1.º Mi examen de conciencia, que siempre se encuentra muy aliviado al considerar que los «otros» son mucho peores que yo.

2.º Mi esfuerzo por corregirme de aquello que ya no puedo excusar, esfuerzo que se basa siempre en un individualismo desenfrenado: MI oración, MI meditación, MI contabilidad, MIS ejercicios piadosos, MI voluntad decidida, MIS precauciones... No digo que nada de esto sea malo, sino que es excelente; lo malo es que no haya más que esto.

Lo cierto es que siempre tengo que acusarme de los mismos pecados; lo cierto es que no solamente no avanzo en mi vivir trinitario, sino que en muchos aspectos me parece que estoy retrocediendo. Si alguno se extraña de lo que digo, y pensando en mi intensa vida de militante y de propagandista, cree que exagero, le diré que no hay exageración alguna, ya que, en mi consideración, los «otros» no pasan de tener un valor instrumental para mi glorificación (?)

Frente a este panorama ferozmente individual, voy a tratar de pensar como posible otro panorama entre personas que saben escuchar. No lo puedo presentar como vivido (como he hecho con el panorama individualista) porque carezco de experiencia suficiente para hacerla. Pero estoy seguro de que esto, que ahora no puedo hacer otra cosa más que «pensarlo», ha de ser una realidad esplendorosa, y ruego de todo corazón al Señor que no me deje morir sin haberlo podido vivir un poco...

En mi trato de palabra con los «otros» pongo una atención especial en descubrir sus errores, sus faltas, sus fallos... (aunque a él se lo disimulo cuanto puedo) para después comentarlo con otros desgraciados como yo, regodeándonos con ello, sobre todo si el «otro» es una persona destacada. Pero lo cierto es que *no puedo ver* en el «otro» más defectos que los que yo tengo; el que es veraz no puede pensar que el «otro» mienta, en tanto que el mentiroso teme y ve mentiras por todas partes.

Esto tan sencillo y tan evidente (aunque me temo que todavía no forma parte de mi CODIN) marca el contraste radical entre el escuchar «natural» y el escuchar virtuoso.

Si yo practicara la virtud de escuchar, también pondría una atención especial en descubrir las faltas, los errores y los fallos del «otro», pero no para criticarlo a sus espaldas, sino para tratarlo con él, por la seguridad de que yo también padezco de los mismos males. Con ello conseguiría tres cosas estupendas que ahora me están vedadas:

1.º Conocerme mejor a mí mismo.

2.º Una corriente de simpatía hacia el «otro» al encontrarnos con que padecemos los mismos males.

3.º Una colaboración y ayuda mutua para corregirnos, que por estar cimentada en la humildad ha de dar resultados positivos.

y

Esto (y otras cosas, seguramente) constituye lo que podríamos llamar aspecto ascético de la virtud de escuchar.



Además de fijarme atentamente en los defectos del «otro» (para descubrir y curar los míos) he de fijarme en sus cualidades y virtudes, particularmente las sobrenaturales, ya que son la presencia de Cristo en él.

Se trata, por lo tanto, de una doble mirada:

1.<sup>a</sup> Una mirada a su miseria, que es mi propia miseria.y

2.<sup>a</sup> Una mirada a su grandeza, que es la grandeza de Cristo en él.

Por la primera mirada (mutua) los dos nos sentiremos unidos y com-padecidos, llevándonos la *carga* el uno al otro, ya que se trata de una sola carga. Esta mirada será efficacísima para derribarnos del pedestal que queríamos usurpar.

Por la segunda mirada descubriré a *Cristo vivo* en el mundo, al verle *actuando* en cada «otro». En un enfermo le veré dócil y alegre ante la voluntad del Padre; en una madre de familia veré a Jesús amando a los suyos hasta el fin; le veré en el encarcelado, en el perseguido, en el aprendiz, en el recién nacido... En cada situación humana veré una situación paralela de Cristo; pero me parece que no es esto lo más interesante, por la sencilla razón de que esto ya lo veo (más o menos) sin saber practicar la virtud de escuchar. Creo que lo formidable será el descubrir las delicadezas e intimidades del Señor, al descubrirlas en el «otro». En uno veré algunos aspectos del Señor, unos más fugaces y otros más o menos permanentes; en otro veré otros. Y tengo para mí que este VER UN POCO A CRISTO ha de estimular el afán de verle más y más..., practicando la virtud de escuchar con más y más hermanos

Por donde me doy cuenta de que la virtud de escuchar no solamente es previa para la humildad cristiana y para el Amor Trinitario, sino que ella es también la que puede introducir a una ascética fraternal (no-individualista) y a una mística que está ahí, al alcance de la mano. Los estados místicos de que tenemos referencias son siempre manifestaciones desbordantes de una comunicación del alma con el Señor que está



en ella. Y me supongo que, por falta de humildades, son tan raros y excepcionales los estados místicos auténticos, como son abundantes los falsos estados místicos, hijos de la fantasía, de la ilusión o de la soberbia. En cambio, la comunicación mística con Cristo en el «otro» se fundamenta en la humildad, y sus manifestaciones han de ser abundantes entre los que practiquen la virtud de escuchar. Según la palabra del Señor: *Donde dos o tres...* me parece que este nuevo (y tan antiguo) caminito de Emaús ha de rebosar mucha vida sobrenatural.

¿Se da cuenta el lector de mi angustia, al verme en esta triste situación de tener que empezar a andar de nuevo por un camino que ni siquiera sé dónde está?



Quisiera hacer algunas referencias evangélicas sobre la virtud de escuchar, y aunque no me atrevo a escribir todo lo que pienso sobre esta virtud en Nuestro Señor Jesucristo, algo voy a decir.

En primer lugar, veo al Verbo en el seno de la Santísima Trinidad en la disposición exacta que exige esta virtud, o sea, desasimiento total de sí, para estar absolutamente atento a la Sabiduría, al Amor y a la Voluntad del Padre, de quien todo lo recibe.

En el Verbo encarnado veo treinta años de silencio en medio de los acontecimientos tumultuosos que tuvieron lugar en Palestina por aquellos tiempos (vida oculta). En su vida pública veo, por una parte, a los apóstoles que no le escuchaban a Él (ya que todo lo que El les decía lo referían a su propio CODIN) y por esto no le entendían nada. Pero, simultáneamente a su no-escuchar, se sentían no sólo escuchados por Él, sino completamente comprendidos y com-padecidos (co-sentidos), y ahí me parece que radicaba la principal fuerza que les unía a ÉL. En cierta ocasión, ante un elogio a su Madre, el Señor hubo de exclamar: *Dichosos los que ESCUCHAN la palabra de Dios y la practican.*

En toda la Revelación Trinitaria, que se contiene en el Nuevo Testamento, son escasísimas las palabras de Dios Padre que se nos han transmitido. La mayor parte de ellas son para confirmar la persona y la misión de Jesús de Nazaret, pero hay una (y una sola) que se dirige permanentemente a mí y a cada uno de los nacidos: ESCUCHADLE. Tenemos, pues, del Padre Eterno un solo mandato contenido en una sola palabra (ahí está la perfección de Dios). ¿No es motivo para meditar, esto?

María, la pecadora (tanto si fue una sola como si fueron dos; recuérdese la escena con Marta y la de la comida con el fariseo), creo que fue de los pocos que verdaderamente escucharon al Salvador. El caso típico fue el de Dimas, el ladrón. Quizá también la Samaritana.

Pero el caso más destacado me parece que fue el de María y el de José. De este último los evangelios no nos transmiten una sola palabra de su boca, y ahí creo ver, junto con su obrar, la raíz de su santidad inaudita. En cuanto a la Santísima Virgen, que guardaba todas aquellas cosas en su corazón, no es menester razonar para probar que fue *la gran escuchadora*; ello es evidente.

En el extremo opuesto veo a Herodes Antipas, el egoísta refinado hasta el paroxismo (y así murió como murió), ante el cual Jesús permaneció absolutamente mudo. El pensar en esto me hace estremecer, pues *el Jesús que está en el «otro»* tampoco me ha dicho a mí nada, hasta hoy. ¿Tengo o no tengo motivo para inquietarme ante mi total carencia de la virtud de escuchar?



Hasta aquí me he fijado en mí mismo y en mi alrededor. Para terminar estas NOTAS quiero fijarme un poco en algunos aspectos del mundo de hoy y de la historia, particularmente en la historia de la Iglesia.

¿No andarían de otra manera los matrimonios cristianos si los cónyuges practicaran con preferencia la virtud de escuchar? ¿Y si al mismo tiempo iniciaran a sus hijos en tal práctica? ¿No es evidente que desaparecerían muchísimas de las calamidades que hoy afligen a tantas familias cristianas? ¿No es evidente también que éste sería el gran testimonio *cristiano* que podrían dar a las familias no creyentes?

Y si por una parte los que tienen autoridad (civil, religiosa, económica, docente...) y por otra parte los sometidos a autoridad, practicaran la virtud de escucharse mutuamente, ¿no es presumible que cambiaría totalmente el panorama actual?

¿No vemos acaso en la guerra fría entre Oriente y Occidente, con todas sus derivaciones, un ejemplo típico de adónde conduce el no-quererse-escuchar sistemáticamente?

¿No fue el gran pecado de los judíos el no querer escuchar a Jesús?

Si hubiera «funcionado» la virtud de escuchar entre los representantes de Roma y Bizancio, ¿hubiera llegado a ser una realidad el Cisma de Oriente?

Si Lutero hubiera escuchado a las autoridades de la Iglesia romana, y éstas hubieran escuchado a Lutero, ¿hubiera podido surgir la Reforma?

Si actualmente los representantes de las Iglesias cristianas practicaran entre sí la virtud de escuchar, ¿no es seguro que el ecumenismo se haría por sí solo? ¿Y puede verdaderamente pensarse en ecumenismo sin esta virtud? Si cada interlocutor no se

escucha más que a sí mismo, pensando en sus evidencias y obstinándose en querer desconocer las del «otro»...



Desde hace algunos años (pocos) y como reacción a un sentido excesivamente individualista de la religión, existe en numerosos sectores del catolicismo una tendencia a formar «equipos» y «grupos», y no hay duda de que esto representa un gran avance hacia un cristianismo trinitario. Pero tampoco cabe duda de que tales equipos y grupos están muy lejos de haber encontrado la cohesión y el dinamismo que han de constituir su característica fundamental. ¿No será que aquí también se quiere conseguir que el conjunto tenga un solo corazón y una sola alma sin que se escuchen verdaderamente entre sí los que los componen? ¿No será la virtud de escuchar el gran elemento vivificador de grupos y de equipos?



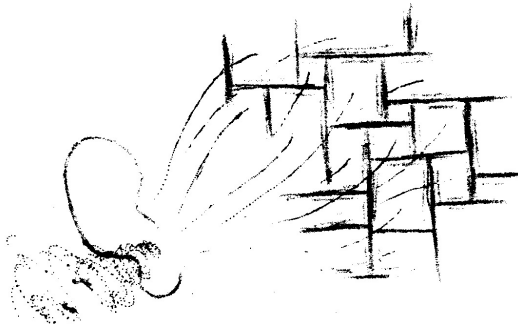
Termino dejando la palabra a los que han de dictaminar si el ESCUCHAR VERDADERAMENTE es una virtud, o no. Y en caso afirmativo, qué clase de virtud.

Creo que esto puede ser interesante, pero también estoy convencido de que no es lo más interesante. Lo más interesante es EL HECHO.



No puedo hacerme ninguna idea de las reacciones que estas NOTAS provocarán en los que las lean. Espero con ávido interés conocer sus impresiones. Pero todavía no es esto lo fundamental; lo que para mí tiene mayor importancia son sus experiencias.

En este caso no se trata de lanzarse a una aventura en la que pueda comprometerse lo actual y el porvenir; nada de esto. Se trata tan sólo de que tres personas se reúnan en ratos libres, una o más veces por semana, y... ¡a ver qué pasa! Esto es todo.



## CONCLUSIÓN

Es posible que al terminar la lectura de este cuaderno, haya quien se pregunte:  
- ¿Qué tiene que ver todo esto de La Virtud de Escuchar con la COPÍN?

A éstos he de exponer con franqueza mi opinión de que ambas forman un todo inseparable, de tal manera que lo uno sin lo otro está condenado al fracaso.

Piénsese, por una parte, en un grupo de personas que hayan encontrado su vocación en los ideales de la COPÍN, y lleguen hasta el punto de romper con sus actuales «ataduras» para entregarse plenamente a ello. Que su «conversión» sea sincera, profunda y efectiva (Dimas) y que pongan una atención fervorosa, constante y permanente en no traicionar el don de DIOS recibido en el Bautismo (Judas). Pero que junto con todo esto tan formidable, cada uno de los individuos ignora que existe siquiera la virtud de escuchar, figurándose que aquí no hay ningún problema. ¿Qué pasará? Dejo al lector de estas NOTAS que lo imagine por su cuenta. Yo, por mi parte, estoy convencido de que haría falta un verdadero milagro para que sus anhelos se convirtieran en una realidad.

Me fijaré ahora en el otro caso extremo:

Un grupo de personas que han empezado a aprender a escuchar, y que consideran esta virtud como una pieza fundamental en su vida. Cada vez van perfeccionándose más y más en ella..., pero, aparte esto, su vida transcurre exactamente por los mismos cauces que antes. Para mí, esto es inconcebible.



Hasta el momento de redactar estas líneas (enero de 1962) la copiosa correspondencia con que me favorecen los que han recibido los Cuadernos y las NOTICIAS, pone de manifiesto una gran simpatía, y en muchos casos entusiasmo por los ideales de la COPIN, pero todos acusan las dificultades enormes que se prevén para andar por este camino.

Yo mismo, por mi parte, en numerosas ocasiones he expresado mi opinión de que, sobre todo, no se tengan prisas; que no se emprenda nada precipitadamente; que se espere hasta tanto que no se sienta una urgencia y un impulso interiores tales que no les permitan esperar más.

Ahora me permito mantenerme en esta actitud que acabo de exponer, añadiendo:

- Dejen, de momento, de pensar en la COPIN y aplíquense a empezar a aprender a escuchar. Cuando el aprendizaje vaya algo adelantado, vuelvan de nuevo, poco a poco, a las «cosas» de la COPIN.

Y le agradeceré mucho que después me cuenten lo que ha pasado.

-----

